

La Ilustración Artística

AÑO XXXV

← BARCELONA 2 DE OCTUBRE DE 1916 →

NÚM. 1.814

LA GUERRA EUROPEA, (Fotografía de M. Rol.)



PARÍS. - En los Inválidos. - El general Pau, en el centro, con el general Dubail y M. Justin Godart, subsecretario de Estado en el servicio de Sanidad

Hace pocos días ha regresado a París el general Pau, después de haber permanecido varios meses en Rusia, adonde fué encargado por el gobierno francés de una importante misión. En los últimos tiempos de su permanencia en aquel país, sintió su salud quebrantada a consecuencia del exceso de trabajo y hubo de estar un tiempo en una estación termal de la región caucásica, de donde ha vuelto enteramente restablecido.

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar

EL CIERVO y MANOC
EL LEÓN de J. Samsó
EL PERIQUITO
de C. Massó
Clases superiores y especiales para el Panguingue (Filipinas)

NAIPES COMAS

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

Teléfono 1708
Dirección telegráfica: SAMOCA

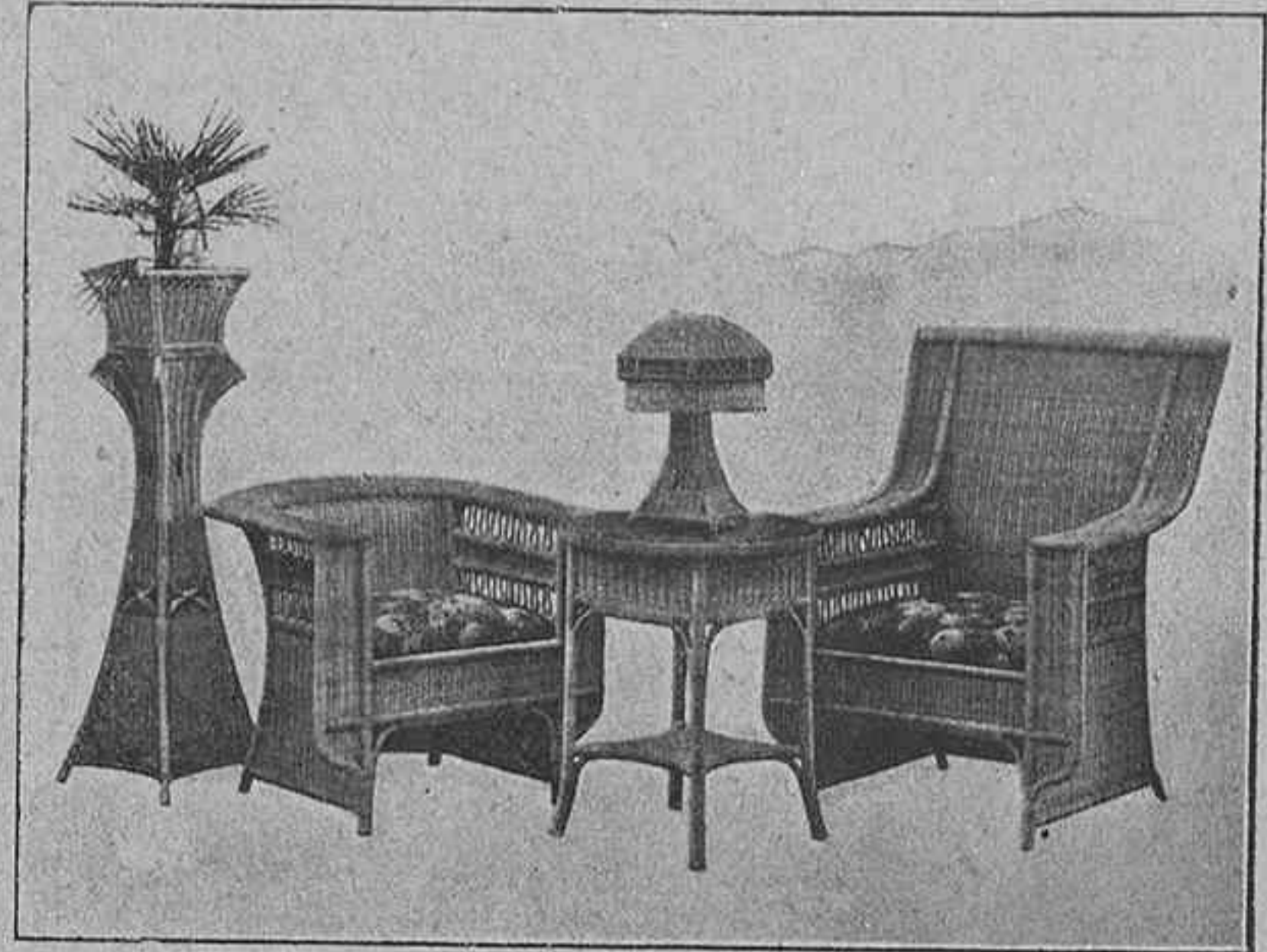
FINOS
DE HILO Y UNA HOJA
— DE LA —
Fábrica movida por electromotores

ANTIGUA CASA Vda. de A. Comas Casa fundada en 1797
SEBASTIÁN COMAS Y RICART

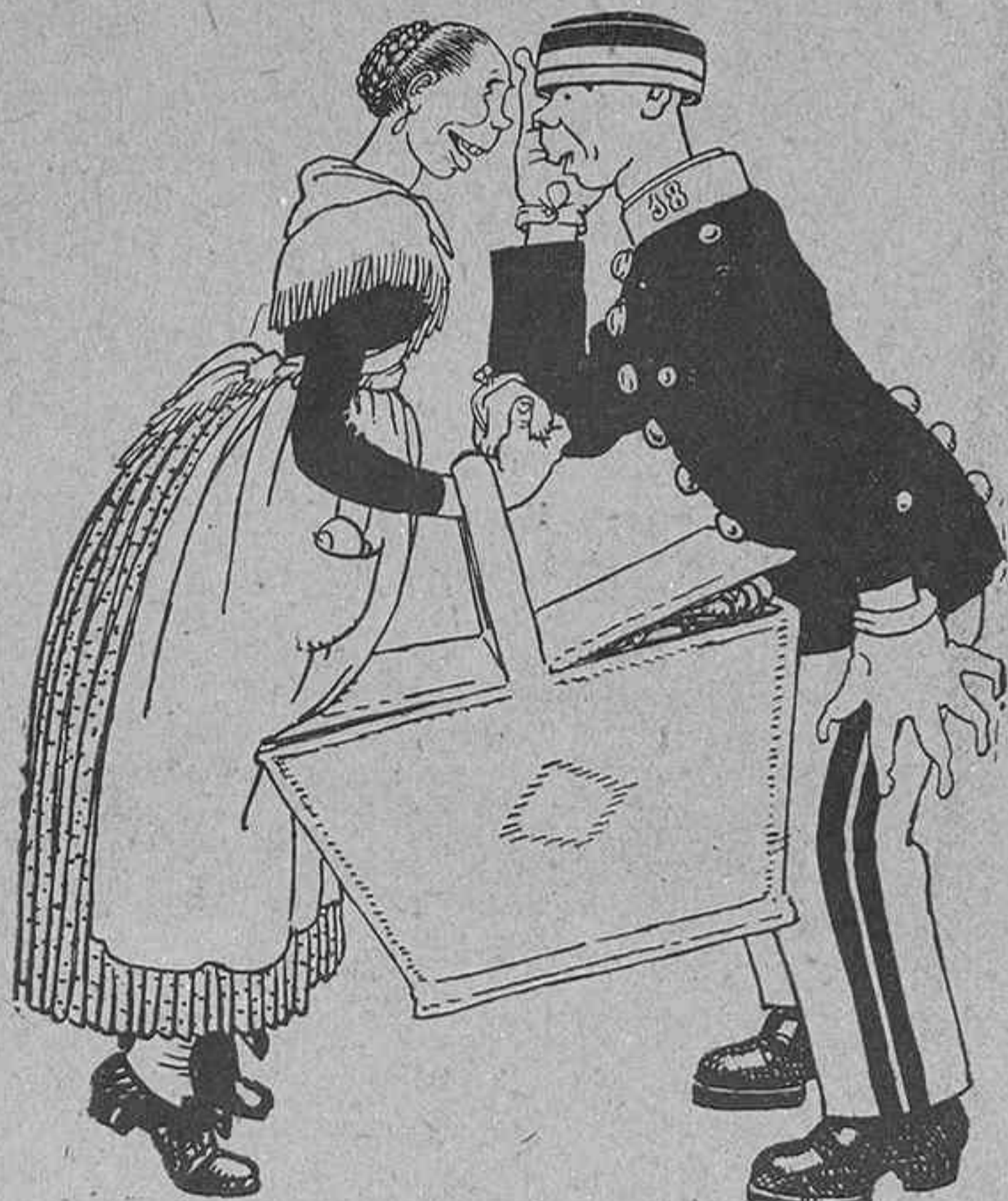
BARCELONA.-Calle de Lauria, núm. 4

MUEBLES de junco y médula fina

MARCA
ME PNE
REGISTRADA
Fábrica sin sucursal



Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»



Estás guapo Timoteo.
En el pueblo eras más feo.
—¡Otra que Dios! Tu, Jenara,
también tienes otra cara.
Ya me dijo el señor cura
que usarías **PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

BARCELONA

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores á esta ILUSTRACIÓN

Renaud Germain
PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo
MÁGICO-LABERINTO
Perfumes suaves é intensos

MÁGICO Barcelona. LABERINTO

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.



TONA ROQUETA
agua mineral natural

Cura las diferentes manifestaciones del escrofulismo, herpetismo y sífilis; los estados morbosos del corazón, riñones e hígado; la cloro-anemia y el reumatismo.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales. Los pedidos al por mayor pueden dirigirse a D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).

LA SAGRADA BIBLIA

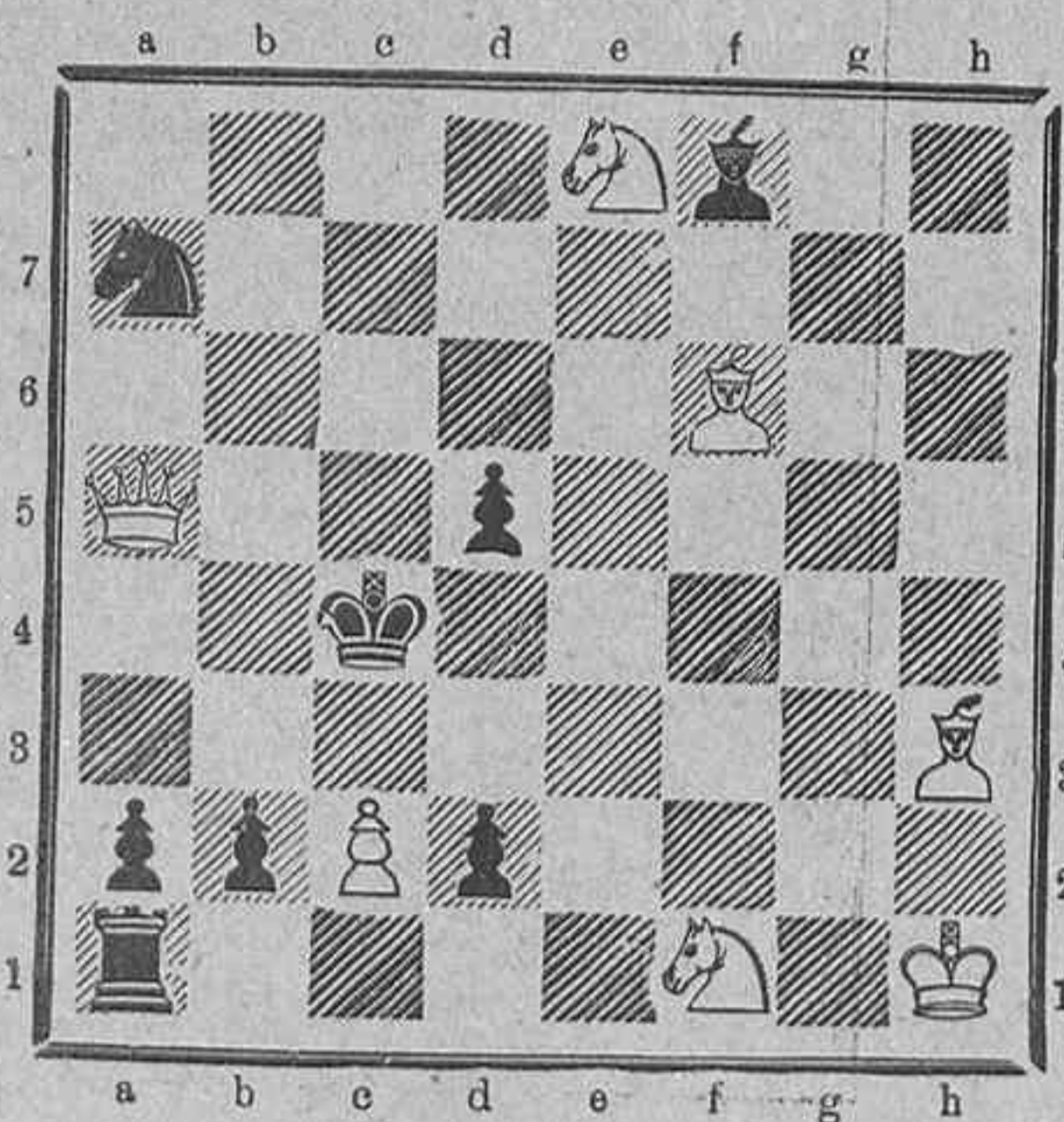
Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. — Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por Gustavo Doré, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el Rdo. P. D. Ramón Boldú, con licencia de la autoridad eclesiástica. — Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 698, POR G. GUIDELLI

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 697, POR G. GUIDELLI

1. Tf2-f8.

Ilustración Artística

Año XXXV

BARCELONA 2 DE OCTUBRE DE 1916

NÚM. 1.814

BARCELONA. - SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA



PRIMAVERA, cuadro de José M.^a Tamburini

(De fotografía de F. Serra.)



Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Cosmogonía japonesa*, por José Pérez Hervás. — *La guerra europea*. — Segovia. *Coronación de la Virgen de la Fuencisla*. — Madrid. «El reino de Dios». — San Sebastián. *Caricuras de caballos*. — D. Teodoro Barbó. — San Sebastián. *Homenaje a Usandizaga*. — Por la gloria (novela ilustrada; continuación). — Melilla. *Boda de Hamed, hijo de Mohamed Asmani, «el Gato»*. — Los aïados en Salónica. — Libros enviados a esta Redacción por autores o editores.

Grabados. — Primavera, cuadro de José M.^a Tamburini. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración a *Cosmogonía japonesa*. — Interior de la iglesia de Cadaqués, cuadro de S. Maitilla. — La guerra europea. — Segovia. *Coronación de la Virgen de la Fuencisla*. — Madrid. Una escena de «El reino de Dios». — «La América para la Humanidad»; El general D. José de San Martín, héroe de la independencia argentina, cuadros de Pedro Blanqué. — San Sebastián. *Caricuras de caballos*. — D. Teodoro Barbó. — San Sebastián. *Monumento a Usandizaga*. — Melilla. *Boda de Hamed, hijo de Mohamed Asmani, «el Gato»*. — Los aïados en Salónica.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Ha aparecido ya la castañera de todos los años, fiel a su esquina, nuncio de los días otoñales, con su fogón portátil y su cacerola, que esparcen en torno un vaho caliente y el olor de su modesta golosina. La castañera es el último resto de aquel mundo que perteneció a los *costumbristas*, como han desaparecido el aguador, la diligencia, el cesante, el calavera y toda una legión de tipos e instituciones tradicionales que alimentaron aquella literatura bonachona y llena de amenidad.

Los escritores de costumbres apenas han durado un siglo, en Francia y en España, desde Mercier hasta Mesonero Romanos, y Vilanova en Cataluña, con el cual acaso se cierra la serie. ¿Pero quiere decir esto que la materia que trataban haya desaparecido completamente, que nadie recoja los aspectos pintorescos y graciosos de la vida popular, las tradiciones locales, los rasgos amenazados de desaparición? La materia no ha desaparecido y sigue siendo cultivada; lo que ha desaparecido es el género literario a que dió origen y que, durante muchos años constituyó por excelencia la nota amena de los periódicos: ¡El artículo de costumbres! ¿Quién ignora el deleite de nuestros abuelos, saboreando los artículos de *Figaro*, del *Curioso parlante*, de *Aben-Amar*, del *Solitario*? Porque pareció de esencia en el costumbrista que velara su nombre personal bajo un seudónimo, como degeneración o parodia tal vez de los seudónimos pastoriles en la poesía de fines del siglo XVIII; y con esas denominaciones convencionales escribieron casi todos.

El periódico, de 1830 a 1850, se nutría de tres elementos principales y casi únicos, fuera de la sección de noticias. Estos elementos eran el artículo político o de fondo, la reseña teatral y el artículo de costumbres, equivalente a la crónica moderna, aunque restringido a un campo de observación y comentario mucho menos vasto que ahora. ¿Adivinaron los costumbristas que la sociedad que les rodeaba tardaría muy poco en desaparecer o transformarse completamente y se dieron prisa a fijar su imagen, amenazada de olvido y extinción? El caso de Mercier y su *Tableau de Paris*, puede decirse que terminado en la misma víspera de la Revolución, resulta expresivo y simbólico. Puestos en la confluencia de dos edades del mundo y de dos épocas de la vida nacional en sus países respectivos, aquellos hombres, por misterioso impulso de piedad, se afanaron en levantar un inventario de todo aquello que muy pronto no existiría y que, sin la ayuda del arte, quedaría para siempre borrado de la memoria del género humano.

Alguien señala a la novela un origen poemático o heroico, considerándola como un desdoblamiento y a veces como una inversión de la epopeya. La teoría tiene mucho de exacto. Puede decirse que es exacta, pero no completa. Porque no sólo mueve a escribir ya leer esa aspiración a substraerse a lo cotidiano, o dicho con una frase al alcance de todos, el ansia de aventuras en las cuales el hombre, real o fantásticamente, salga de sí mismo, de su vida ordinaria, de su limitación, de su vulgaridad. Yo creo que la novela y todos los géneros subalternos y deri-

vados de ella, tiene no un origen solo, sino dos: ese anhelo heroico de que vengo hablando y el anhelo puramente histórico. Un orden de ficciones novelescas corresponde a la idealización o creación de una vida imaginaria, otro a la fijación de la vida real y presente.

El hombre siente el doble prurito de salir de sí mismo unas veces y librarse de su existencia ordinaria, y el de eternizar otras el momento fugitivo por una especie de instinto de inmortalidad. Unas veces se adorna con vistosos disfraces y otras veces se retrata. El género de costumbres pertenece sin disputa a esa dirección o prurito histórico, que es también fuente de arte legítimo como la tendencia ideal.

A él obedecieron aquellos amables escritores que, al promediar la pasada centuria, esbozaban el cuadro de la vida española en Madrid, en Barcelona, en Sevilla. La revolución política, la transformación económica y de cultura, eran, en España sobre todo, reacciones y ataques formidables contra lo «pintoresco», contra el «color local». Ciego había de estar quien no presintiese la transformación, quien no adivinase que quedaba poco tiempo de vida a aquellas notas de carácter, de raza, de época, de topografía, pues la reforma urbana se combinó en todos lados con la reforma de las leyes, del espíritu y de la estructura social. El primer silbido de la locomotora fué señal de dispersión para los clásicos arrieros y las vetustas diligencias. El predicamento concedido a la higiene pública constituyó una amenaza mortal desde el primer día para los barrios castizos, para las calles truhanescas, para los patios infectos y las casas de vecindad. Policía era sinónimo de limpieza, de aseo y, por ende, de desnacionalización. Ferrocarril y navegación a vapor eran sinónimos de cosmopolitismo igualitario; y los trajes nacionales vistosos cedieron poco a poco a la moda europea, refugándose cada vez más diminutos y aislados, a medida que aquella onda igualitaria llegaba a sus confines.

Y el artículo de costumbres acabó como género literario, aunque la materia continúe, incorporada alguna vez a la novela y con mayor frecuencia al sainete, de donde habían ido a buscarla los primeros cultivadores. Además: muchos lectores y, en general, todo el público se han ido inclinando a cosas más trascendentales y de substancia. Los lectores y el público de 1840 eran candorosos en grado superlativo. Se trataba de una sociedad que empezaba a leer entonces, a deletrear la prensa periódica, y había que ofrecerles cosas fáciles, inocentes, sin complicación. No hay bachiller que no sonría actualmente al recordar que nuestros abuelos disfrutaban lo indecible con aquellas apacibles descripciones del matón y del amante corto de vista, del trapero, del calesero, de la castañera, esa castañera que sobrevive todavía a sus adláteres de antaño y que acaba de aparecer, como una nota de curioso arcaísmo, en medio del trajín nocturno y la orgía de luz de Barcelona.

Cuestión de treinta y cinco años hace que puse los pies en la ciudad condal, para empezar mis estudios universitarios. Recuerdo como si fuese ahora la impresión que recibí aquel memorable día de octubre. Después, año tras año, pasé por Barcelona, y luego, día tras día he residido en ella, asistiendo siempre a su crecimiento y expansión, en el huir, lento y sosegado, del tiempo que corre al mar sin riberas de la eternidad... Y, alguna vez, me afano penosamente, para comparar esta Barcelona de hoy con la que encontré en 1881, y en separar y aislar, cronológicamente, los elementos de esa evolución incesante y jamás cerrada, de la vida que corre como un río caudaloso contemplado desde un puente imperial.

El puente queda el mismo: retocado, renovado, substituidas unas piedras por otras alguna vez, pero substancialmente el mismo. La vida, no; la vida, los hombres, las generaciones huyen empujados o atraídos por su destino, en oleadas sucesivas, siempre análogas, pero siempre diversas y cambiantes. He aquí el grupo juvenil de estudiantes primerizos, que se ha parado delante de la castañera para comprar las primicias de su mercancía. En sus trajes provincianos, en su aire tímido y sin desenvoltura, en su mirar azorado y como doliente por el exceso de luz, se denota el primer contacto de estos adolescentes venidos de fuera con una gran capital esplendorosa.

Los observo un instante y me parece que treinta y tantos años de mi vida se me borran de la memoria. Vivo, o revivo con ellos esa impresión de llegada, el deslumbramiento de la gran ciudad, los pa-

seos interminables hasta el agotamiento, la primera vuelta por los claustros universitarios, el primer almuerzo en la casa de huéspedes — ahora «pensión» — y la primera escaramuza dialéctica con los veteranos y corridos de la casa, deseos de hacer sentir su superioridad a los noveles y batuecos. Pero después de esta breve trasposición, mido con espanto los lustros que me separan realmente de aquellos imberbes mozos, rendidos de andar, de ver, de oír en su primer día de gran ciudad; y pienso en las treinta y tantas generaciones, en las treinta y tantas oleadas sucesivas del eterno río que fueron pasando desde entonces.

¡Entonces! Era un momento curioso de la vida española. Era la época de los *díos* en política, en literatura, en arte, en toreo, en todo: dos oradores, dos diestros, dos poetas, dos prosistas, dos cantantes, dos actores. Cánovas y Sagasta, Lagartijo y Frascuelo, Garrayre y Massini, Calvo y Vico, Valera y Alarcón, Campoamor y Núñez de Arce... De toda esta serie de dualismos y parejas, y de otros tantos que todavía podía añadirseles, se originaba en los refectorios estudiantiles, bajo la mirada maternal de las antiguas patronas, un estruendo de discusiones interminables, que acababan por atraer la vecindad a todos sus balcones y aberturas para inquirir lo que pasaba.

Y no pasaba nada. El ardor de la sangre joven, una esgrima puramente verbal en que se decían palabras y no conceptos, unos puñetazos sobre la mesa no siempre tan abundada como era menester, un alistarse de aquellos jóvenes en alguno de los dos bandos y, para ser algo en este mundo, llamarse frascuelistas o lagartijistas, gayarristas o massinistas, y así sucesivamente. Después de la cena el paseo otra vez o el rato de café, el café antiguo, ya desterrado, con pianista y concurrencia femenina, el rato de estudio, y a la cama.

El centro nocturno de Barcelona era la Rambla del Centro, con su Liceo, su Principal, sus cafés y chocolaterías, su Plaza Real y su famoso *Justín*, desaparecido igualmente. Más allá de la Plaza de Cataluña no se aventuraban muchos, pasadas las diez; la Rambla de Cataluña no existía; casi la mitad del ensanche actual, el de la izquierda, no existía tampoco. La luz eléctrica apenas era conocida más que como adorno en época de festejos. Y desde entonces, ¡qué mutación más completa! ¡qué novedades y portentos, sólo de ayer, que nos parecen ya cosas remotas, lejanas! El teléfono, la luz eléctrica misma, puesta al alcance de todo el mundo; los tranvías en su forma actual, las grandes edificaciones, el cine. Cien elementos de transformación, en suma, que esas nuevas generaciones de estudiantes encuentran ya como cosa actual y adquirida, como dentro de cuarenta años sus sucesores y continuadores encontrarán otros tantos...

He aquí las ideas y recuerdos que puede suscitar, sentada en su esquina de siempre, la humilde y apacible castañera, como la vi la otra noche por primera vez en esta temporada. El mundo va actualmente demasiado de prisa para que haya costumbres, es decir tradiciones de vida local, hábitos de insistencia. Y como no hay costumbres en este sentido, se acabarán también los costumbristas, como se acabaron las capas, en Barcelona cuando menos.

Acaso mañana, después de la guerra, dentro de cinco, de diez años, se reconozca que el mundo va a sufrir o está sufriendo una transformación más grande todavía que la que experimentó al acabar las luchas napoleónicas, y que en esa transformación han de sucumbir los restos de las viejas costumbres, los rasgos de color y de carácter, que sobrevivieron al primer naufragio. Si de esa posible mutación colosal hubiera de sucederse la definitiva homogeneidad de la especie humana y el mundo hubiera de quedar convertido en un falansterio inmenso, entonces es posible que la musa de los costumbristas despertase por última vez y se dedicase febrilmente a recoger y eternizar estos últimos rasgos, en previsión de la época del fastidio universal que seguramente se abriría entonces. Una época sin amenidad, sin estudiantes, sin castañeras en las esquinas, sin diferencias locales, sin nada que hiciese sonreír benignamente a los hombres ni soñar a los niños.

MIGUEL S. OLIVER.

COSMOGONÍA JAPONESA, POR JOSÉ PÉREZ HERVÁS, dibujo de Mas y Fondevila



— Venga acá, enciclopedia ambulante, exclamó el general; siéntese aquí

¿Conocen ustedes la novela *¡Más fuerte que el amor!* del profundo psicólogo Farina? ¿Sí? Mejor, así me entenderán ustedes con dos palabras cuando les diga que mi amigo Eduardo Fuertes era para las damitas un «sedero de Monza». Y ni aun casi a tanto llegaba, porque el chivo expiatorio que presentaba Serafín Giunti a la pobre Angélica se atrevió a declararse, y Eduardo, capaz de hablar horas enteras con una mujer sobre todo lo decible, de artes,

de historia, de guerra, de labores inclusive, se ponía malo en cuanto sonaba palabra que oliese a cosas de amor; se cortaba, y aun abandonaba a los interlocutores, muchas veces de una manera harto desgraciada, casi ridícula.

Los amigos opinábamos que no había topado aún con su media toronja, y que en cuantico diese con ella, la misma beldad que le cupiese en suerte le pondría las peras a cuarto. ¡Pues! Otros más mie-

dosos y aun misóginos los había habido y habían caído en el garlito.

Los padres de Eduardo habían puesto los ojos en Concha Nubesaltas, hija del general de este apellido, y la muchacha más linda y sabia de toda la generación femenil casadera de la época.

Los papás de Concha habían notado la voluntad de los de Eduardo, y como consideraban a éste bonísimo partido, diéronse a fomentar los designios de

aquéllos, favorecidos por la misma Concha, que realmente se había enamorado del gallardo capitán de Estado Mayor.

Los que asistíamos de visita a casa de Nubesaltas vimos todos el juego, menos Eduardo el... iba a llamarle el bobalicón, porque apenas si merece otro epíteto el que le meten una mujer por los ojos y no lo ve--; pero no, Eduardo no tenía ni pizca de bobo, las cortaba en el aire; sólo que en eso del amor..., pues que no, vamos que no entraba por el aro.

Pero si él no tenía pizca de bobo, Concha no tenía pelo de tonta, y se propuso seguir el genio a Eduardo, hablando con él de todo lo decible, de artes, historia, de guerra, de labores inclusive..., sin mentar jamás al amor.

Todos, sobre todo los papás de Eduardo y Concha, notábamos que cada día aumentaba la familiaridad de ambos jóvenes; esa familiaridad fraternal que a veces está muy lejos del amor, que a veces lo impide para siempre..., y que en ocasiones es el amor disfrazado...

Estaba entonces de moda el Japón; había rusófilos y niponófilos, como ahora francófilos y germanófilos, discutían unos y otros acaloradamente... Eduardo y Concha tenían el mismo parecer; auguraban el triunfo de esos hombres pequeños, amarillos y robustos; de ojos oblongos, diminutos, hundidos, que parece guiñan constantemente bajo el impulso de un movimiento convulsivo.

Concha llevó su pasión niponófila hasta exigir de los contertulios de sus papás y de sus amigas de ella, que le diesen el nombre de Isanami-no-Mikoto, y a Fuertes el de Isanagui-no-Mikoto.

- Valiente capricho, dijo el general Nubesaltas.

- ¿Qué quieren decir esos nombres?, preguntaron varias señoras.

- A ver usted, Fuertes, dijo bromeando la generala, usted que todo lo sabe...

- Gracias, pocas cosas ignoro, respondió en el mismo tono Fuertes; pero ésa es una de ellas...

- Isanami, Isanagui..., ¿qué?, chica, no me acuerdo ya, añadió el general dirigiéndose a su hija.

- Isanami no-Mikoto e Isanagui no-Mikoto.

- Bueno, pues Isanami no-Mikoto, nos habrás de explicar con qué se come eso.

- Averiguadlo, enciclopedias hay, replicó con un mohín Concha.

De pronto, la doncella anunció a Castilla, joven periodista muy leído, aunque bastante superficial.

- Venga acá, enciclopedia ambulante, exclamó el general; siéntese aquí... Muy bien, ¿quién es Isanami-no-Mikoto?

Abrió enormes ojos Castilla y preguntó a su vez:

- ¿Cuál, la diosa?

- ¿Ah, es una diosa?, interrogaron varios.

- ¿Qué diosa es ésa?, inquirió el general. E Isanagui-no-Mikoto, ¿es también un dios?

- Isanami es la madre de Amaterasu, la personificación sintoísta del sol, la esposa del celeste Isanagui... Isanagui e Isanami son la última pareja de las siete generaciones divinas, producidas por la esencia activa y la esencia pasiva emanadas de la trinidad del sinto...

- Me quedo como antes, Castilla, interrumpió el general, haciendo gesto de no comprender jota.

- Yo contesto a lo que me preguntan... Les digo a ustedes quiénes son Isanami no-Mikoto e Isanami y punto concluido; permítanme ustedes que inquiere a mi vez el porqué de ese interés por la primera feminista nipona... y por su celestial consorte.

- ¿Ah, se trata de una feminista?, preguntó el contertulio Buendía; y añadió: Mire usted, Castilla, es

al principio el Cielo y la Tierra estaban confundidos en el caos, en la materia que en forma de un huevo se agitaba en grandes oleajes como el mar embravecido. En este movimiento todo lo puro y transparente se separó para formar el Cielo, y lo demás se condensó produciendo la Tierra.

»En medio de uno y otro elemento se formó un Ser divino; fué el primer Dios. Después surgieron otros, hasta siete, tres de los cuales, teniendo compañeras del otro sexo, se reprodujeron por contemplación; entonces comenzó la generación de los dioses que reinaron millones de años.

»Al fin aparecieron los dioses Isanagui no-Mikoto y la diosa Isanami no-Mikoto, los cuales decidieron amarse y reproducirse de un modo más humano. Hicieron ellos mismos surgir del seno de las aguas una isla y descendiendo a ella se dirigieron el uno a la derecha, el otro a la izquierda. Después, volviéndose a encontrar en el centro, la diosa, el espíritu femenino, Isanami no-Mikoto, tomó la iniciativa y dijo:

» - ¡Qué feliz soy en hallar a un joven tan hermoso!

»El espíritu masculino, Isanagui no-Mikoto, se disgustó y replicó:

» - ¡Soy varón y debo hablar primero! ¿Por qué tú, que eres hembra, te atreves a comenzar?

»Separáronse y se retiraron en opuestas direcciones; pero al fin volviéronse a encontrar, y el espíritu varón exclamó con voz enamorada:

» - ¡Qué feliz soy en hallar una hembra tan joven y tan bella!

»Isanami no-Mikoto e Isanagui no-Mikoto inventaron así el arte de amar...»

Calló el narrador;

los ojos de todos se fijaron en Concha, que bajó ruborosa los suyos; y cuando los contertulios buscaron a Fuertes, echaron de ver que había salido disimuladamente hacía un momento.

La risa fué general, y aumentó cuando Buendía, bromista de buena ley, salió tras él al pasillo, gritando:

- ¡Isanagui, capitán Isanagui, Dios Isanaguiiii!

- ¡Caramba, caramba!; ¿tiene miga la cosa, eh, chiquilla? Vaya, vaya, vaya...

Y el general no hubiera parado de decir vayas, si en la puerta no hubiese aparecido el capitán Fuertes del brazo de Buendía.

- ¡Mi general! Me permitirá...

- Todo, hombre, todo; vaya, vaya, vaya...

- Es poca cosa; querría decir a Concha: «¿Por qué tú, que eres hembra, te atreves a comenzar?»

Y el general, sin dejarle apenas acabar, repuso: - Te lo diré yo, hombre; te lo diré yo, Dios Isanagui no-Mikoto... Se ha atrevido porque tú, el espíritu masculino, callabas; por eso, hombre, por eso; vaya, vaya, vaya...

Dos meses después, Castilla, en la sección de Sociedad, bajo el título enigmático para el público de COSMOGONÍA JAPONESA, que generalmente se atribuyó a una trasposición de imprenta, escribía: *Esta mañana contrajeron matrimonio en el camarín de Nuestra Señora de Piedralta la señorita Concha Nubesaltas, hija del bizarro general de este nombre, y el capitán de Estado Mayor D. Eduardo Fuertes...*



Barcelona. Salón Parés. - Interior de la iglesia de Cadaqués, cuadro de S. Matilla. (Fot. de F. Serra.)

que la señorita Nubesaltas se ha empeñado en que en nuestras reuniones y discusiones sobre la guerra la llamemos familiarmente Inanami no-Mikoto..., y al Sr. Fuertes, Isanagui no-Mikoto...

Castilla se dió una palmada en la frente, luego golpeó con ambas palmas en las rodillas y rompió a reír a mandíbula batiente.

- ¡Hombre de Dios, que se va usted a desternillar! ¡Caramba, con la risa!, exclamó el general. ¿No sabremos quién le hace cosquillas? Vaya, vaya, vaya.

- ¡Ingeniosísimo, ingeniosísimo, señorita Concha!, gritó Castilla levantándose; y apaciguando algo la risa, aunque sin cesar en ella, añadió: Mi general, me permitirá usted besar la mano de su hija como tributo a su ingenio; esto es de primera, de primerísima, señorita Concha.

Y Castilla besó las puntas de los sonrosados dedos que Concha sonriente le tendía.

Sentóse nuevamente junto al general, puso familiarmente una mano en la rodilla a éste y, como relamiéndose, exclamó:

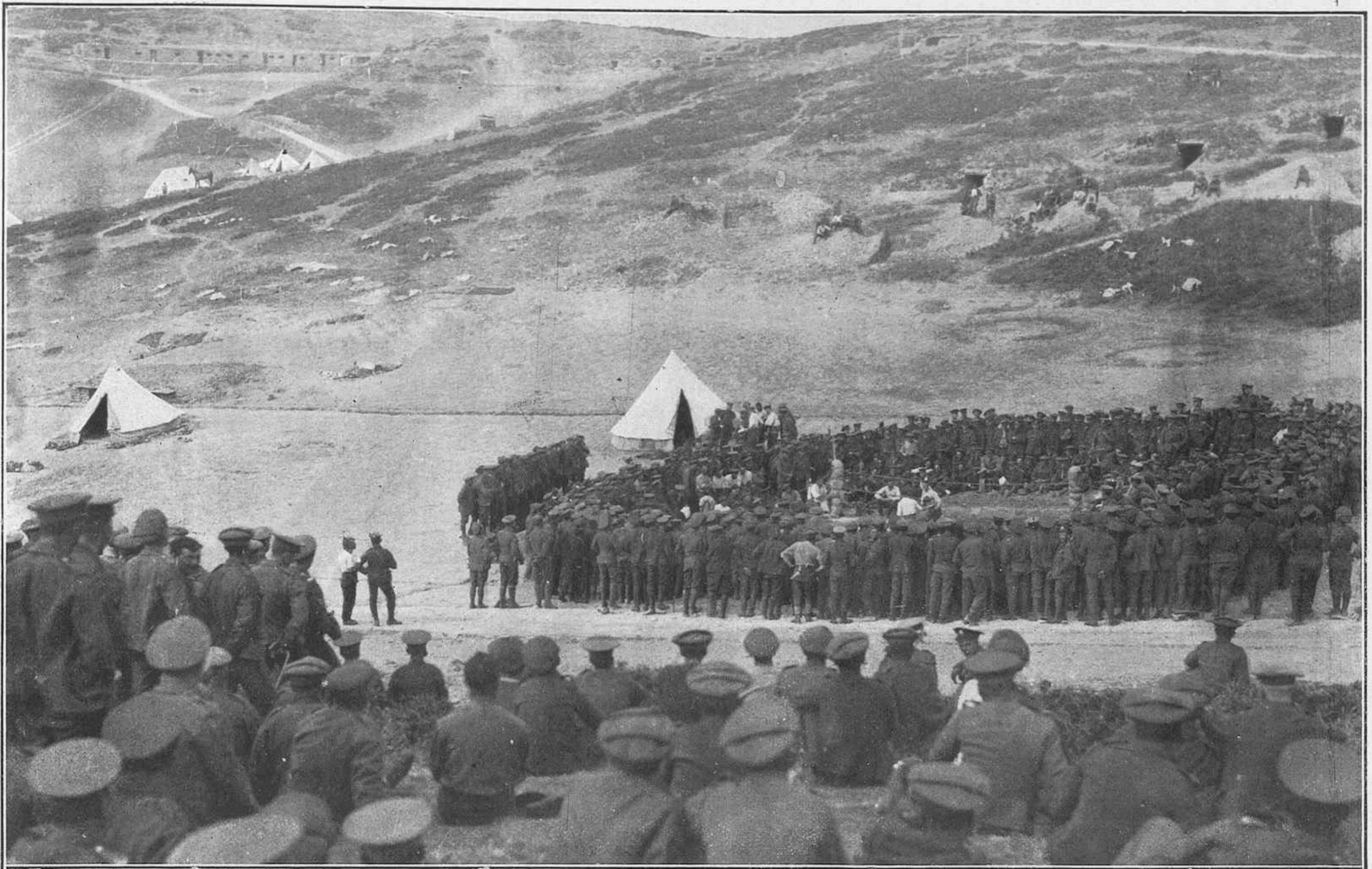
- General, tiene usted un tesoro; lástima que yo sea un pobre diablo, casado por añadidura; que si no el Isanagui no-Mikoto era yo, lo que usted oye, y no se ofenda, Fuertes.

- ¿Pero se explicará usted, bendito?

- Sí, mi general, sí; y preste atención, no sea cosa que se quede lo mismo que antes, porque es preciso hablar de la cosmogonía japonesa.

- Hable usted de lo que quiera, pero satisfaga nuestra curiosidad, insinuó la generala.

- Pues atiendan; según la cosmogonía japonesa,



Salónica. - Match de boxeo en la arena instalada por los soldados de un regimiento inglés en el campamento



París. - El pope rumano bendiciendo los veinte automóviles-ambulancias ofrecidos al ejército francés por la colonia rumana. En segundo término, de izquierda a derecha, están el general Dubail, gobernador militar de París; Justin Godart, subsecretario de Estado en el servicio de Sanidad; y el Sr. Poincaré, Presidente de la República, conversando con el señor Lahovary, ministro de Rumania en París



La ofensiva francoinglesa en el Somme. Los despojos de la victoria. — Bombas, granadas de mano y proyectiles de todas clases encontrados en gran cantidad en las trincheras alemanas últimamente conquistadas. Para poner en orden estas municiones han estado trabajando 500 soldados durante diez días. (Fot. remitida por Trampus.)

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — En la región del Somme, los aliados han reanudado su enérgica ofensiva, conquistando algunos éxitos importantes. Los franceses han tomado un sistema de trincheras a unos 200 metros al Sur de Combles; han ocupado esta población y Deniecourt, avanzando un kilómetro más al Sur en dirección a Ablaincourt y apoderándose de tres trincheras al Sudoeste del primero de estos dos pueblos; y han rechazado ataques contra la alquería del bosque de L'Albi, entre la granja de Le Priez y la de Bois Labe y contra las posiciones de la altura 76, desde el camino de Clerly hasta el Somme.

En la región de Verdún han tomado una trinchera en las pendientes septentrionales de Mort-Homme y dos elementos de trinchera al Sur de la obra de Thiaumont; han rechazado ataques contra la altura de Poivre, al Sudeste de aquella obra; y han adelantado un centenar de metros en la parte Este del bosque de Vaux Chapi-

tre. En los Vosgos han rechazado ataques contra las posiciones al Sur de Col de Sainte Marie, y en las Argonas contra las de Four de París.

Los ingleses, entre el Ancre y el Somme, han mejorado su situación al Norte de Martinpuich; han avanzado su línea al Este de Courcellette, tomando un sistema de trincheras y avanzando en una extensión de 1.000 metros; han desalojado al enemigo que había conseguido penetrar en una trinchera al Oeste de la granja de Mouquet; han tomado varias trincheras al Sur de Thiepval y dos líneas entre Flers y Martinpuich; se han apoderado de las poblaciones de Thiepval, Lesboeuf y Morval; y han rechazado ataques cerca de Flers y contra la granja de Mouquet.

Los alemanes han abandonado unas trincheras destruidas al Este de Gainchy y enfrente de Combles, y varios puntos completamente destruidos entre Vermandovillers y Barleux y los pueblos de Berny y Deniecourt; han perdido el terreno que habían reconquistado al Sudoeste de Rancourt y en Bouchavesnes; han obtenido un éxito en Flers; y han rechazado ataques en Flers, en Courcellette, en la granja de Mouquet, al Norte de Combles, en la línea Combles-Rancourt, en Blery, en Belloy y en Vermandovillers.

En la región de Verdún han perdido y recuperado un elemento de trinchera en la vertiente Oeste de Mort-Homme.

Teatro de la guerra de Oriente. — Los rusos han tomado varias alturas en los Cárpatos y entre ellas una al Este del mon-

te Panther, y han rechazado ataques al Sudoeste del lago Narotch; en la línea férrea de Kövel a Rovno, en dirección a Wladimir Wolinsky, en el alto Sereth y en la región del río Narajovka.

Los austroalemanes han tomado la cabeza de puente de Zarecze, sobre el Stochod, persiguiendo al enemigo, y cuatro líneas sucesivas al Sur de Stobychwa; han ocupado las alturas fronterizas al lado del Vulcán (Transilvania); han derrotado a los rumanos en Hastszeg; han retrocedido algo cerca de Dedecza (Transilvania); han recuperado parte de las posiciones perdidas de Ludowa y Baba Ludowa (Cárpatos), y el terreno perdido a ambos lados del Narajovka; y han rechazado ataques al Oeste de Luzk, entre Pustoniky y Szelwor, entre el Sereth y el Strypa, al Oeste del Zlota Lipa, a ambos lados de Dorna Vatra, al Sudoeste de Hastszeg, desde Smotre hasta las inmediaciones de Kirlibaba, en Petroseny (Transilvania), y en la región de Ludowa. En cambio, reconocen que los enemigos han conseguido algunas ventajas en esta última, al Sur

en el valle Sugana, han rechazado un ataque contra el Civarón; en el alto Cordevole, han conquistado una posición avanzada hacia la cumbre del monte Sief; y en la cumbre del monte Cimone han tenido que replegarse un centenar de metros.

Los austriacos, en sus partes oficiales, sólo hablan de haber rechazado ataques en varios puntos de su frente, especialmente en el Carso.

En los Balcanes. — En el frente macedónico, los francoingleses han ocupado Florina; han avanzado algo al Noroeste de esta población y en las alturas que dominan la carretera de Florina a Popli; y han rechazado ataques al Norte y al Este de Florina y en las cercanías de la altura 1550.

Los serbios han rechazado ataques en las inmediaciones del monte Vetrenik, al Este del Cerna y entre este río y el Vardar; se han apoderado de la primera línea búlgara de la cresta de Kajnakvalán; han tomado la altura 2.625 al Este del Cerna y proseguido su avance en esta dirección; han desalojado a los búlgaros que habían penetrado en el pueblo de Rovenis-

ca; y han continuado progresando en la región del Brod, llegando hasta Urveny.

Los italianos, después de haber detenido el empuje búlgaro entre Paroy, Naut y Matrica, se han replegado en orden sobre el camino de hierro de Doirán a Demir Hissar.

Los germanobúlgaros han rechazado ataques en el frente entre el lago Prespa y el Vardar, en Florina, en Kajmakvalán y en el frente de Moglena; al Sur del monte Belasica se han apoderado de cuatro aldeas.

En el frente rumano, los rumanos han rechazado ataques en Erigea y en el valle de Jiu; han rechazado ataques al Sudoeste de Dorna Vatra, avanzando en la montaña Kalimán; han entrado en Oderhei; se han visto obligados a replegarse ligeramente en el valle de Stroril; y ante el empuje de las fuerzas que manda el general Mackensen han tenido que retroceder hasta las posiciones preparadas de antemano en la línea general Rasowa-Kovadin-Tuzla.

Los austrogermanos, búlgaros y turcos han penetrado en varios puntos de la mencionada línea; han rechazado ataques al Sudoeste de Totraisar; han rechazado ataques a ambos lados de Hermannstadt-Nagyszeben y en la línea Casili-Engbekarakcej; han ocupado el paso del Vulcán, rechazando en el mismo varios contraataques; y han retrocedido algo al Sur de Holozmany.

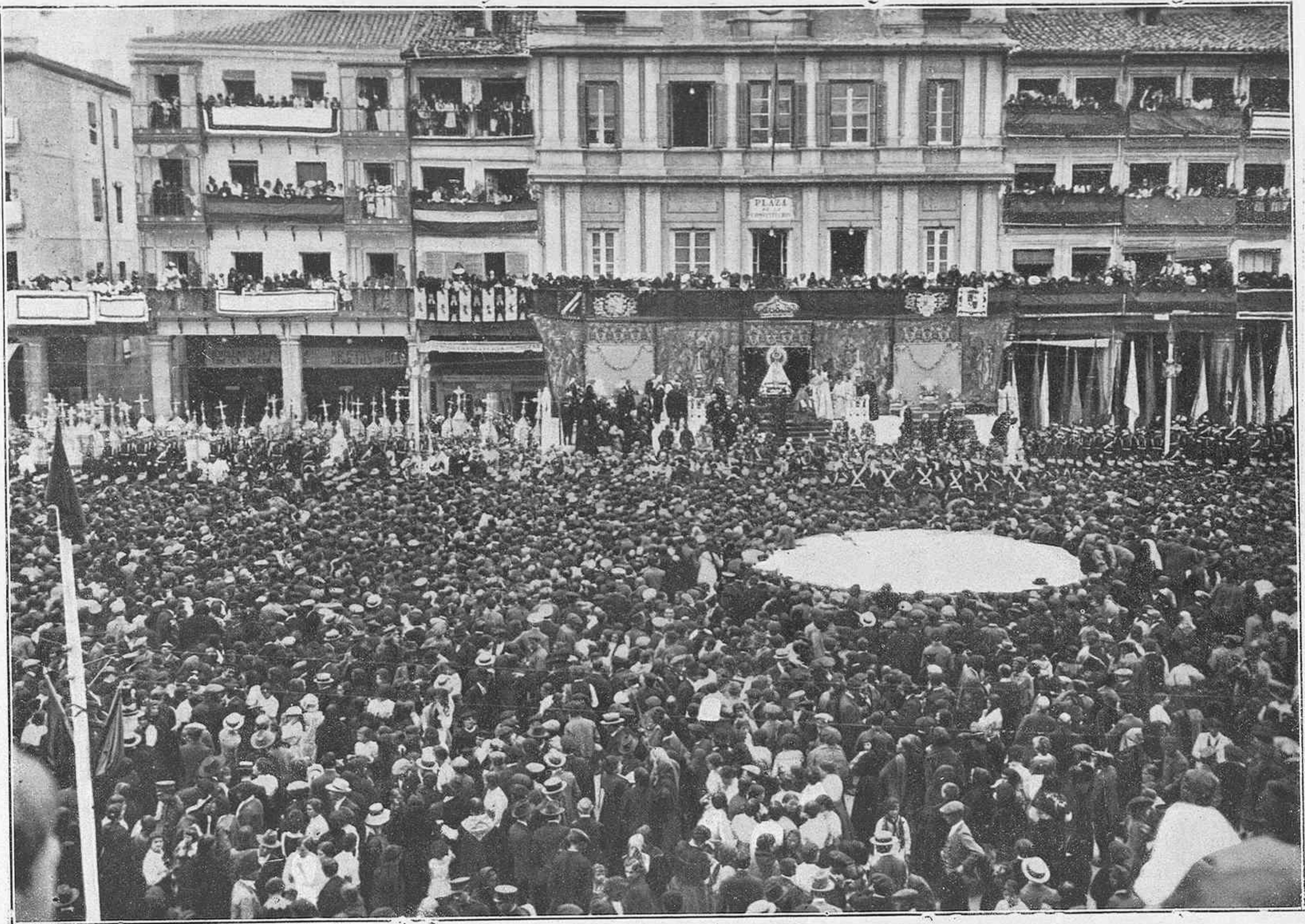
Guerra naval. — En la parte Sur del Adriático, un hidroavión austriaco ha echado a pique al submarino francés *Foucault*, salvando a toda su tripulación.



Soldados franceses recogiendo los cadáveres de los alemanes encontrados en las trincheras conquistadas recientemente para darles sepultura. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

del Bistritza, en las inmediaciones del paso del Panther y al Noroeste de Kirlibaba.

Italianos y austriacos. — Los italianos, en el Carso, han rechazado ataques contra las posiciones conquistadas en la altura 144, al Noroeste de Monfalcone, contra las de la altura 208 al Sur de Villanova, y en la alta planicie; en la meseta de Asiago han rechazado ataques en las pendientes del monte Zebio y han expulsado al enemigo que había logrado penetrar en algunas de sus trincheras; en el valle de Travenances, han ocupado un abrigo; en el de Brenta, han conquistado la altura 694 al Norte de Chisi; en la zona de Goricia, han tomado una nueva posición en las proximidades de Santa Catalina;



Segovia. Coronación de la Virgen de la Fuencisla. - Aspecto de la Plaza Mayor durante la ceremonia

SEGOVIA. - CORONACIÓN DE LA VIRGEN DE LA FUENCISLA

Con solemnidad extraordinaria celebróse el día 24 de septiembre último en Segovia la coronación de la Virgen de la Fuencisla, patrona de aquella ciudad, que nueve días antes había sido trasladada procesionalmente desde su santuario, en la orilla del río Eresma, hasta la catedral.

La Plaza Mayor, en donde había de efectuarse la ceremonia, rebosaba de gente; en balcones y tribunas había millares de personas y hasta en los tejados se apiñaba la muchedumbre.

A las diez llegó a la catedral S. A. la Infanta D.^a Isabel, que ostentaba la representación de S. M. el Rey y que entró en el templo bajo palio. Se celebró una misa de pontifical, ocupando la sagrada cátedra el obispo de Sión, quien pronunció un elocuente panegírico de la Virgen.

Terminado el oficio, la venerada imagen, conducida por concejales de aquel Ayuntamiento, fué trasladada a una soberbia tribuna y colocada bajo un dosel de flores y tapices. Ocuparon el estrado la Infanta, los obispos de Sión, Segovia, Salamanca, Plasencia, Pamplona y Jaca; los cabildos catedral y colegial, representantes en Cortes, autoridades y comisiones.

Leído el Breve pontificio que otorga al obispo de Segovia la facultad de coronar a la Virgen, el alcalde de la ciudad Sr. Guajardo entregó la corona a Su Alteza, quien a su vez la puso en manos del prelado Dr. Gandásegui, que procedió a la coronación. En aquel momento doblaron todas las campanas, tocaron las músicas militares y la multitud, que durante la ceremonia había permanecido en el más absoluto silencio, prorumpió en estruendosas aclamaciones.

Cantóse luego el *Regina Coeli* y nuevamente fué conducida la imagen a la catedral.

A las tres y media de la tarde salió de la basílica la procesión para devolver la imagen a su santuario; presidíala S. A. y a ella concurrieron los prelados, las autoridades, comisiones de los pueblos, cofradías de señoras y caballeros, gremios de obreros de Segovia, corporaciones, etc. La procesión recorrió las principales calles de la ciudad, en las que un gentío inmenso no cesó de aclamar a la Virgen, y llegó, entrada ya la noche, a la ermita, en donde había reunidas más de 100.000 personas.

Colocada la imagen a la puerta del santuario, el obispo de Segovia pronunció un discurso elocuentísimo, terminando con vivas a la Virgen, al Papa, a España, al Rey y a la Infanta Isabel. Llévose la imagen a su altar y terminó el acto con una Salve cantada a toda orquesta.

MADRID. - «EL REINO DE DIOS»

La obra de Martínez Sierra estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava de Madrid, inspírase en un noble y elevado pensamiento, el de que los males que afligen a la sociedad moderna sólo pueden, si no curarse en absoluto, por lo menos aliviarse en gran parte con el amor, con la práctica de un socialismo cristiano.

Expresión viviente de este pensamiento es Sor Gracia, la joven bella y aristocrática, que, abandonando el amor de los suyos, renunciando a los placeres mundanos, se consagra por entero, como hermana de la Caridad, al consuelo de los desvalidos, al alivio de los males, así del cuerpo como del alma, de los desheredados, de los que sólo penas y dolores han encontrado en esta vida.

Primero en un asilo de ancianos, luego en una casa de maternidad y finalmente en un hospicio, sucesivamente la vemos desenvolver su obra de amor y piedad, derramando sobre todos los seres desgraciados el bálsamo de su cariño e infundiéndoles su propia fortaleza para que se extingan en sus corazones el odio y la desesperación y brille en ellos un rayo de luz y de esperanza.

Y cuando llega un momento en que su fortaleza parece flaquear ante el vislumbre de una posible felicidad terrena, el sentimiento de la alta misión que realiza le da mayores ánimos para vencer aquella tentación y para proseguir serenamente su obra de amor y de concordia.

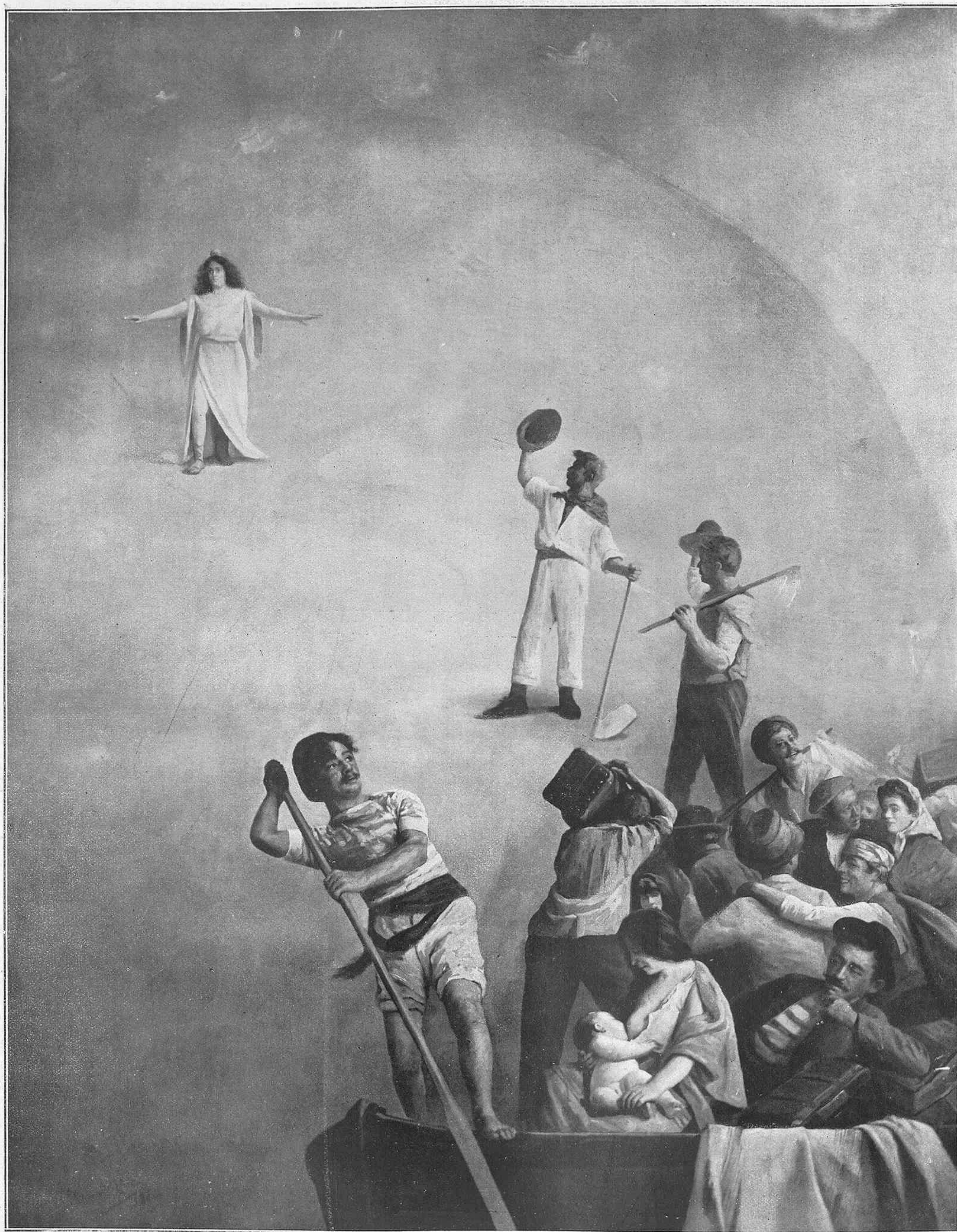
En torno de esta figura ha dibujado Martínez Sierra otras muchas arrancadas de la realidad y ha trazado escenas de gran vigor dramático.

Catalina Bárcena hace una verdadera creación del interesante personaje de Sor Gracia; las señoras Alba, Pérez Meser, Quijada y Boixader, y los Sres. Codina, Collado y Tordesillas representan con gran acierto sus respectivos papeles.

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Madrid. - Una escena del segundo acto de *El reino de Dios*, elegía en tres actos original de G. Martínez Sierra, estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava



«LA AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD», cuadro de Pedro Blanqué

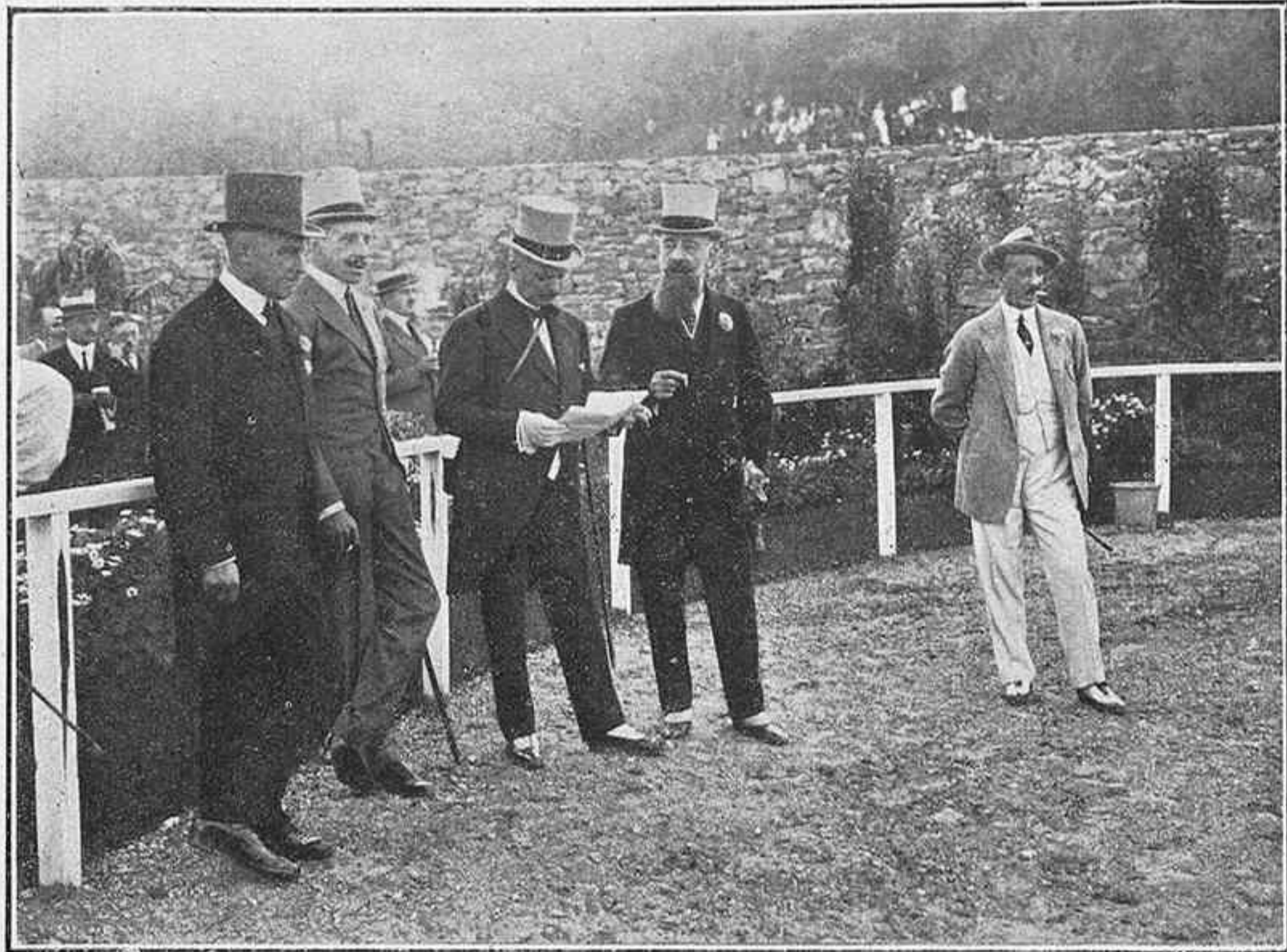
inspirado en la frase histórica pronunciada en La Haya por el que fué Presidente de la República Argentina Dr. D. Roque Sáenz Peña



EL GENERAL D. JOSE DE SAN MARTIN, HÉROE DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA (1778-1850), cuadro de Pedro Blanqué que ha estado expuesto en el Ateneo Nacional de Buenos Aires y merecido muchos elogios

SAN SEBASTIÁN. - CARRERAS DE CABALLOS

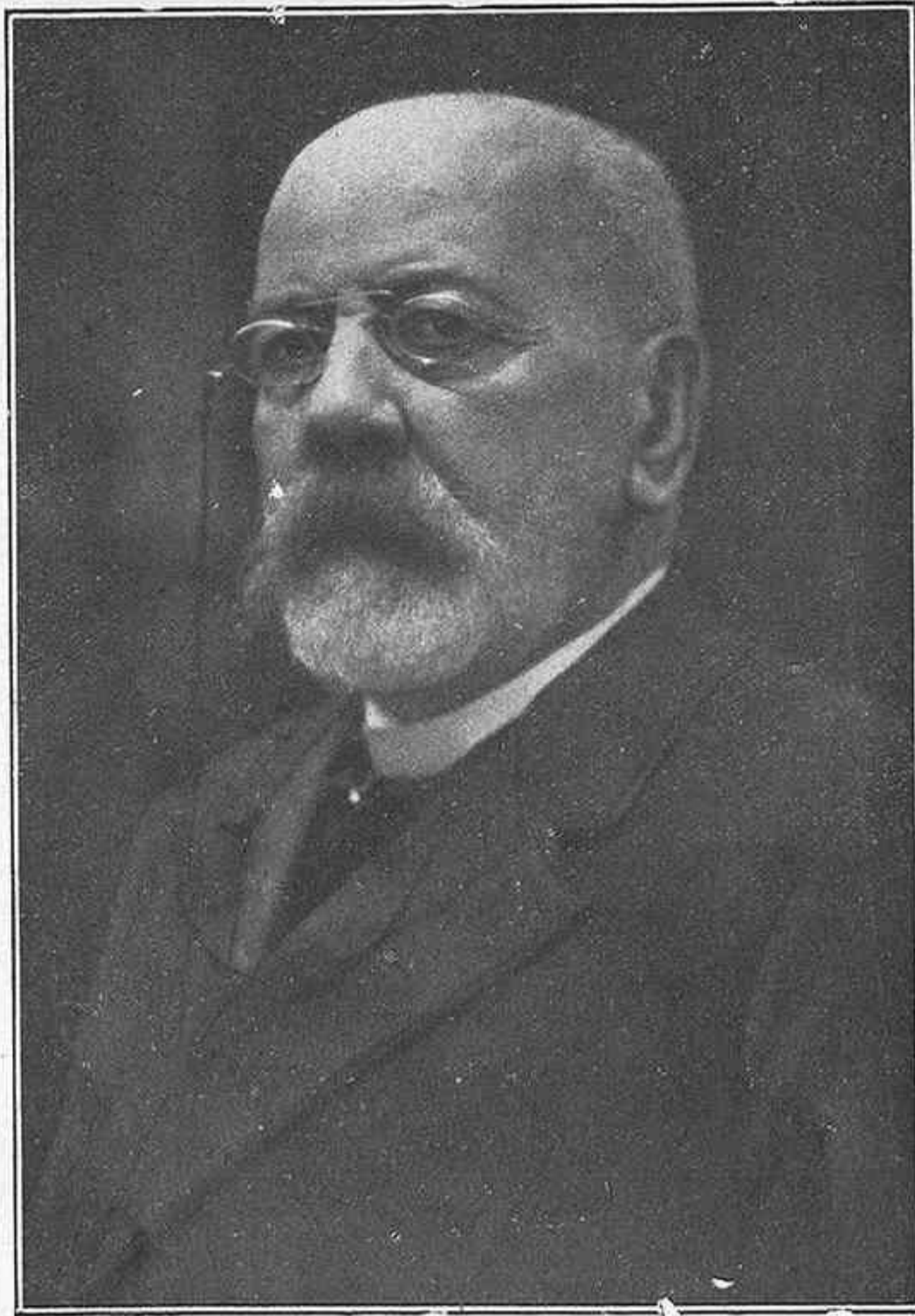
De todas las carreras celebradas en la capital donostiarra durante la presente temporada, las que han ofrecido indudablemente mayor interés han sido las que se efectuaron el do-



San Sebastián. Carreras de caballos. Prueba de la copa de oro ofrecida por S. M. el Rey D. Alfonso XIII. - S. M. el Rey, con el marqués de Viana, el Príncipe Pío de Saboya y el director del Hipódromo.

mingo 24 de septiembre último, porque entre ellas figuraba la prueba en que debía disputarse la Copa ofrecida por S. M. el Rey D. Alfonso XIII, además de valiosos premios en metálico.

El Hipódromo de Lasarte ofrecía brillantísimo aspecto; las tribunas hallábanse ocupadas por una concurrencia tan numerosa como distinguida, y en la de la Real Familia estaban SS. MM. el Rey D. Alfonso y las Reinas D.^a Victoria y Doña María Cristina, y S. A. el Infante D. Fernando.



D. Teodoro Baró, ilustre periodista y notable literato, fallecido en Malgrat (Barcelona) el día 22 de septiembre último. (De fotografía.)

En la primera carrera, de 2.000 metros, corrieron dos caballos, habiendo ganado 1.200 pesetas *Cira*, del conde de Torre Arias, y 600, *Cancha*, del conde de la Cibera.

La segunda carrera fue de 1.000 metros y corrieron seis caballos; obtuvo el primer premio, 6.000 pesetas, *Cote-Notre*, de Cohn; 1.500, *Saint-George*, de San Miguel; y 500, *Insurgé*, de Monnier.

En la tercera carrera corrieron seis caballos; ganó 2.500 pesetas el *Sangha*, de Nieux; 300, *Savelli*, de Hisch; y 200, *Rams*, del marqués de Villamejor.

En la cuarta carrera se disputó la Copa del Rey y además el gran premio de 50.000 pesetas. Tomaron parte en ella siete caballos y resultó vencedor *Rabanito*, de Cohn, que ganó la Copa del Monarca y 35.000 pesetas; el segundo premio, 10 mil pesetas, lo ganó *Inkerman*, de S. M. el Rey; el tercero, 3.000 pesetas, *Tedij*, de Cohn; y el cuarto, 2.000, *Le Corsaire*, de Pellerin.

En la quinta y última carrera corrieron diez caballos; llegó en primer lugar a la meta *Lorito*, de S. M. el Rey, ganando el premio de 12.000 pesetas. *Flodoart*, de Cohn, ganó 2.000 pesetas, y *Serpent V*, del conde de Estourmel, 1.000.

Nuestro monarca fue muy felicitado por el triunfo de los dos caballos pertenecientes a su cuadra.

D. TEODORO BARÓ

En la villa de Malgrat, en donde de algún tiempo a esta parte vivía retirado, falleció el día 22 de septiembre último este ilustre periodista y notable literato, con cuya colaboración se ha honrado frecuentemente LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y cuyo nombre ha ido durante tantos años unido al del *Diario de Barcelona*, decano de la prensa barcelonesa.

D. Teodoro Baró nació en Figueras en enero de 1832 y después de haber cursado el bachillerato en el Instituto de aquella ciudad y en el de Barcelona, siguió en esta Univer-

sidad la carrera de Derecho y se licenció en Filosofía y Letras.

Su vocación para la política y su afición a la literatura lo impulsaron desde muy joven a entrar en el periodismo, ingresando en la redacción de *La Corona de Aragón*, que luego se tituló *Crónica de Cataluña*, de la cual llegó a ser director. Posteriormente pasó al *Diario de Barcelona*, en donde gozó de la omnimoda confianza de D. Juan Mañé y Flaquer; y desde la muerte de éste fue uno de los más importantes elementos de aquel periódico.

Fue concejal y teniente de alcalde del Ayuntamiento de Barcelona y más tarde diputado a Cortes, gobernador civil de Málaga, Sevilla y Coruña, y director general de Beneficencia y Sanidad. Desempeñando este último cargo estalló el cólera de 1885, que le dio ocasión para desarrollar sus condiciones de abnegación e inteligencia, merced a las cuales pudo aliviar en gran parte la situación atroz de las poblaciones invadidas por la epidemia.

Entre otras laudables iniciativas que como director general llevó a la práctica, merecen citarse especialmente la organización del cuerpo de Sanidad Marítima, la creación de un Colegio para huérfanos y la fundación de un Asilo para inválidos del trabajo, en La Unión, el primero que ha existido en España.

Fue también delegado regio de primera enseñanza, y en todos los cargos públicos que desempeñó distinguióse por su celo, integridad e inteligencia.

Durante muchos años se dedicó a la enseñanza como profesor de Historia, en la que era competentísimo; su *Compendio de Historia de España*, del que se han impreso cuatro ediciones, y su traducción y continuación, con D. Federico Schwartz, de la *Historia de Francia*, de Guizot, acreditan sus grandes conocimientos en la materia.

Escribió varias novelas en castellano, entre ellas *La paz del alma*, *En la costa*, *La tramontana* y *Juan Alcarreño*; y numerosas comedias, las más de ellas en catalán, muchas de las cuales alcanzaron gran éxito, mereciendo citarse especialmente *Lo secret del nunci*, *El senyor secretari*, *La olla de grills*, *Lo gran tropella* y *Lo joch dels disbarats*.

Dedicóse también a la poesía, habiendo publicado un bellísimo poema en catalán titulado *Lo poema del cor*.

Colaboró en varios periódicos y revistas, entre ellas, como antes decimos, en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Escritor castizo y elegante, de arraigados principios en política y sobre todo en religión, y dotado de gran cultura, sus artículos doctrinales y sus amenas crónicas lefense con verdadero interés.

Su carácter afable y sencillo, y su trato correcto y caballeresco, conquistaronle el cariño de cuantos se honraron con su amistad y las simpatías de cuantos le conocieron.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al tributar hoy este modesto pero sincero recuerdo a D. Teodoro Baró, envía su más sentido pésame a su familia y a la redacción del *Diario de Barcelona*.

SAN SEBASTIÁN. - HOMENAJE A USANDIZAGA

La capital donostiarra ha tributado un homenaje al malogrado maestro Usandizaga, erigiendo en la Plaza de Guipúzcoa un monumento cuya inauguración se efectuó el día 24 del mes próximo pasado.

Mucho antes de la hora señalada para la celebración del

acto, había un inmenso gentío en la plaza, en donde estaban también reunidos el Ayuntamiento de San Sebastián y representaciones de Vizcaya, de Navarra y de Madrid. Daba guardia de honor al monumento una compañía del regimiento de Infantería de Sicilia, con bandera y música, y alrededor del mismo hallábanse el Orfeón Donostiarra y 25 bandas de música de otros tantos pueblos guipuzcoanos.

SS. MM. el Rey D. Alfonso XIII y las Reinas D.^a Victoria y D.^a María Cristina, que honraron con su presencia la ceremonia, fueron recibidas en la plaza por el Ayuntamiento y las autoridades y entraron en el edificio de la Diputación en donde estaban el presidente del Consejo de Ministros, el obispo auxiliar de Málaga y otras altas personalidades.

Comenzó la ceremonia con un discurso del presidente de la comisión ejecutiva del monumento Sr. Peña y Goñi, quien, después de haber expresado su gratitud a los Reyes por su asistencia al acto, entregó al alcalde accidental Sr. Navas el

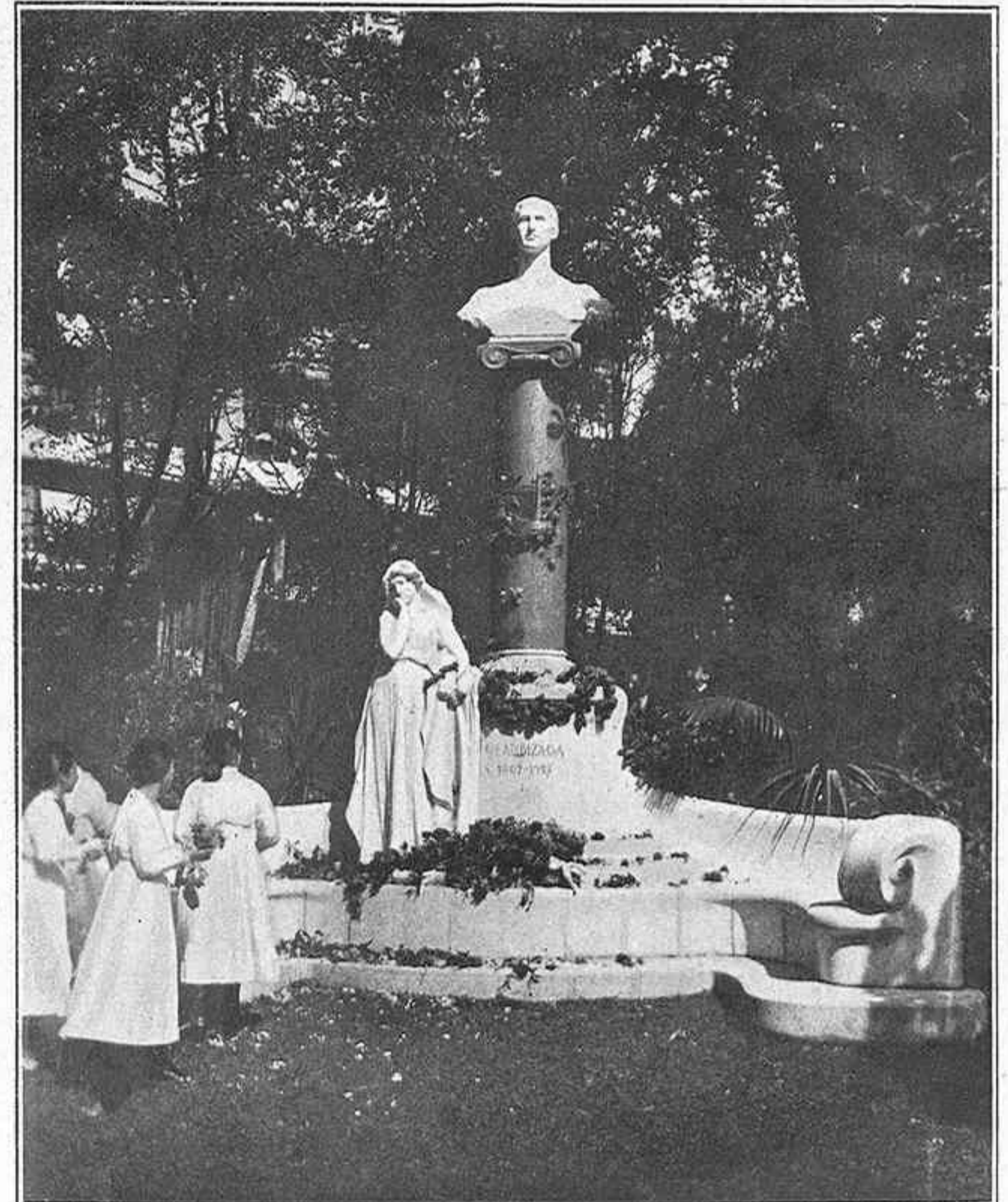


El caballo *Rabanito*, de Mr. Cohn, que ganó la Copa del Rey y el gran premio de 35.000 francos. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

pergamino de cesión del monumento a la ciudad, y en inspirados párrafos ensalzó la memoria de Usandizaga, terminando con vivas a Guipúzcoa, a España y al Rey. El Sr. Navas aceptó la entrega, encargó la importancia del acto que se celebraba, acto patriótico y consolador en el que se enaltecía a un hijo de España que acertó a honrar a su patria, y descubrió el monumento, en medio de una ovación estruendosa.

Seguidamente la banda del regimiento de Sicilia ejecutó una fantasía de *Mendi Mendiyan*, primera ópera que compuso Usandizaga y que se estrenó en San Sebastián en 1910. El Orfeón Donostiarra cantó un trozo de la misma obra, cuyo epílogo tocó la banda municipal.

El teniente de alcalde Sr. Laffitte depositó al pie del mo-

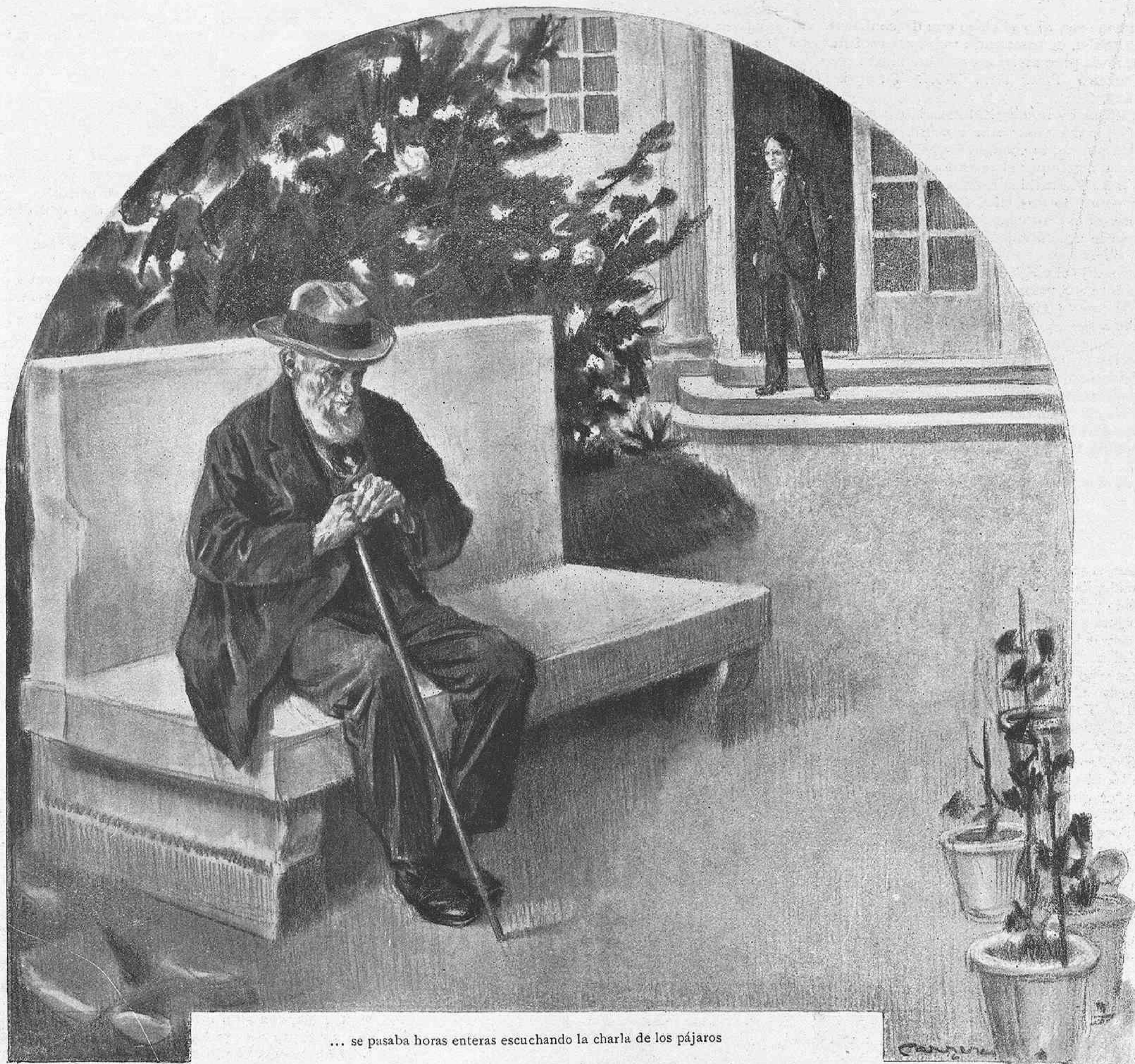


San Sebastián. Inauguración del monumento al malogrado compositor José María Usandizaga. - Señoritas del Orfeón Donostiarra depositando flores al pie del monumento. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

numento un ramo con dedicatoria de las niñas ciegas del Asilo de San Rafael, y las señoritas del coro mixto del Orfeón Donostiarra colocaron también ramos de flores.

POR LA GLORIA

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE V. CARRERES



... se pasaba horas enteras escuchando la charla de los pájaros

Pero después de la comida, que fué más alegre de lo que Salvi se había imaginado, Matías no sintió ninguna necesidad de música. Y menos su comensal, que seguía encontrándose muy bien en la mesa; puesto delante de un excelente vino de Valpolicella, puede decirse sin testigos, porque el ciego no podía ver lo mucho que le gustaba, y los dos jóvenes discurrían con calor, no le había costado trabajo hacer recaer la conversación sobre el arte eternamente joven.

Confortado con aquel vino, se había vuelto indulgente con los demás y sobre todo con Matías, cruel solamente consigo mismo; pero el artista glorioso cubría todas las heridas a medida que papá Salvi se las hacía.

Y ambos creían hacer una obra piadosa.

En un momento dado, el ciego manifestó su designio de hacer leer en voz alta los nombres de todos los que le habían enviado las felicitaciones.

— Tengan un momento de paciencia; habitualmente mi hijo tiene, en este día, demasiadas cosas en la cabeza; sólo después de la comida tenemos un poco de tranquilidad.

Primo Salvi se sirvió vino, y aseguró que la lectu-

ra no le molestaba en lo más mínimo; hasta se propuso para lector.

Parecía decir:

«Vean ustedes cómo soy; soy bueno como el pan; la gente que me maltrata todo el año, hace de mí lo que quiere si me toma por el lado bueno.»

— ¿Dónde están las tarjetas de visita?, preguntó a Tito. Su papá quiere las tarjetas; las leeré yo mismo.

Tito se puso colorado al levantarse de la mesa; miró a un lado y a otro, como un desmemoriado, antes de acercarse a una estantería en el fondo de la estancia.

Primo Salvi lo había seguido con la vista, impaciente por empezar la lectura; sentía en sí una grandeza nueva, a la cual ni siquiera cuidaba de dar nombre, contento de sentirla. Pero no omitía sus propias observaciones, y no se le escapó que el joven estaba un poco embarazado al poner sobre la mesa el tarjetero.

— Venga acá, le dijo; su padre está contento de que yo lea, ¿verdad?

El ciego asintió, sonriendo a la suerte que aun le proporcionaba buenos momentos.

Tito trató inútilmente de resistir al brazo extendido sobre la mesa, y entregó el tarjetero.

Antes de empezar, Salvi quiso que el ciego saborease bien su gloria, si aquello podía llamarse gloria, porque él tenía sus dudas.

— Ponga una mano aquí dentro; ¡cuántas!, ¿verdad?

La primera tarjeta que se presentó llevaba un nombre muy largo.

«Ariodante Ramírez Spínola, marqués de Roccamala, desea cien años de vida al gran artista.»

— Cien años son pocos, dijo Matías modestamente.

— No son demasiados, afirmó Primo Salvi.

Y leyó otra tarjeta:

«Caballero M. N. O. Blowitz, agregado a la embajada de Austria.»

— ¡Oh!, ¡el caballero Blowitz!... Oye, Tito: ¿el caballero Blowitz no había muerto?

Primo Salvi sonreía a otra tarjeta de visita más

complicada, impaciente por leerla en alta voz, para ver cómo saldría del paso, y no vio que el pobre joven se había puesto colorado.

— También me lo parecía a mí; pero si ha enviado su tarjeta es que vive.

El ciego pensaba:

«Pero no, no vive... Sí, sí, el caballero Blowitz está muerto y enterrado; esa tarjeta es una intrusa...»

— Puede ser que el criado se haya equivocado... que la haya recogido del suelo y puesto aquí con las otras...

— Puede ser, dijo el ciego con desconfianza.

Papá Salvi, concentrando todos sus espíritus vitales, trató de pronunciar un nombre difícil:

«Casimiro Trr... Trr... Trz... Trzcinski Granichski.»

— ¡Magnífico nombre! Merece la corona de cinco puntos que tiene encima... Trzcinski Granichski.

— Un polaco; lo conocí de viaje.

Pero a juzgar por el acento mesurado con que el ciego dió aquella dilucidación, Salvi pudo creer que había cometido una falta de reverencia con aquel nombre, y fué peor cuando Tito propuso leer él mismo y se le acercó colocándose detrás del respaldo de su silla.

— No, dijo el ciego, lea usted, Sr. Salvi.

Durante un rato, la lectura anduvo muy bien, pero de pronto Tito le quitó de la mano la tarjeta que iba a leer.

— ¿Este ha muerto también?, dijo Primo Salvi.

— ¿Hay otro muerto?, preguntó el ciego.

— Sí, no sé cómo habrá sido; alguien debe haber mezclado las tarjetas... Pero todas las que hemos leído hasta ahora han llegado esta mañana.

Papá Salvi no sabía qué pensar de aquellos muertos, de aquel rubor del joven, de la depresión del viejo.

Quiso leer otro nombre, pero el ciego le dijo:

— Déjelo estar; seguramente ha habido una equivocación. Mejor será que la señorita Sofía toque alguna cosa alegre.

Sofía dijo que sí, y fué a tomar el brazo del ciego.

Pasaron silenciosamente al salón.

La alegría de Rossini no fué muy afortunada aquella noche, y, en un momento dado, el ciego quiso oír otra vez la *Sonata apasionada* de Beethoven.

Mientras la muchacha tocaba, Salvi notó que Tito tenía el aire extraño de uno que ha cometido una torpeza y no sabe cómo remediarla.

Regresando a su casa alegremente, dijo a su hija:

— Ese Tito no sé lo que vale; pero su padre es verdaderamente un buen hombre. ¡El pobre!.. Fué luciérnaga un cuarto de hora, y se creyó estrella fija. Es digno de lástima, ahora que está ciego. Pero tiene las ideas justas, y sabe pesar a los hombres.

— ¿Por qué dices que no sabes lo que vale su hijo?

— Porque se me figura que siente la impaciencia del éxito; tal vez me equivoque, pero hasta creo que está celoso de la fama de su padre... ¡Bah!, todos son así, esos muchachos de la escuela moderna... Tal vez me equivoque...

— Calla, papá, porque te equivocas de seguro.

Papá Salvi no volvió a despegar los labios hasta su casa.

Cerca de la puerta de la calle, encontraron a Tonio de centinela.

— ¡Soy yo!, dijo atravesando la vía.

— ¡Oh! ¡Tonio! ¿Estaba usted aquí tomando el fresco?, preguntó papá Salvi.

— Después de la clase, he dicho: quiero ir a felicitar a mi tío Salvi y a mis primitas.

— Si quieres subir... Judit todavía no se ha acostado; veo que aun tiene luz en su cuarto.

Tonio quiso ser heroico para resistir a la tentación; pero aquella luz que lo había encadenado allí durante una hora, pudo más que él. Siguió cabizbajo a su tío Salvi, diciendo a su prima Sofía al subir la escalera:

— No quiero molestar; me volveré en seguida...

Pero la desgracia perseguía al pobre maestro de dibujo; Judit estaba ya acostada, y Sofía volvió y dijo que su hermana leía una hermosa novela, que daba las gracias a su primo por su felicitación y le felicitaba a su vez...

— ¡Gracias!, murmuró Tonio.

Permaneció en el salón hasta muy tarde, hablando con monosílabos, y cuando el tío Salvi, imaginándose que el excelente muchacho quería decir algo en secreto a su prima, le dijo que se quedase un rato más, si quería, pero que él tenía sueño, Tonio despertó del todo y dijo:

— Me marcho. Son las once; dentro de una hora empezará el año nuevo; ¡que sea un año feliz para usted, tío Salvi, para ti, Sofía... y para Judit!

— ¡Que sea feliz para todos!, contestó papá Salvi. Sofía añadió en voz baja:

— ¡Ánimo, Tonio!

Y Tonio salió repitiéndose a sí mismo con audacia:

«¡Ánimo, Tonio! El mundo está lleno de muchachas bonitas; ¡ánimo para amar a una que te corresponda!, ¡ánimo para olvidar a una que no quiere saber nada de ti!»

Una vez en la calle, miró arriba, a la ventana iluminada.

Judit leyó largamente la hermosa novela antes de apagar la luz.

Entonces Tonio se fué a su casa.

Por primera vez, la lectura de las cartas de visita había ido mal; y Tito, no sabiendo si el ciego se había contentado con la compostura que él había hecho, esperaba otras preguntas antes de que su padre se acostase.

Matías no dijo nada; se estuvo sentado a la mesa algo más de lo acostumbrado.

Un momento, Tito pudo imaginarse que el sueño le había vencido, y se acercó a él de puntillas.

— No duermo todavía, dijo el ciego; descansaba un poco. Llama y me acostaré.

El tono de voz era casi alegre.

Tito, no fiándose aún, se paseaba en torno de él, después de haber tocado el botón del timbre. Apareció Tomás, y dijo que la cama estaba caliente.

— Oye, Tomás, dijo Tito; ¿has sido tú el que ha mezclado las tarjetas de visita?

— ¿Qué tarjetas?

Tomás protestó que, en cuanto él, podían estar seguros de que no había mezclado nada; que ni siquiera había tocado las tarjetas.

— Deja estar, dijo el ciego; te preocupas de una cosa que no vale la pena; mañana separaremos las que han llegado hoy, y me las leerás tú mismo. Buenas noches, hijo mío.

Apenas solo con el criado, le dijo:

— Tito quiere que le dejen todas las cosas en orden; procura darle gusto. Esas tarjetas de visita que has confundido...

Tomás le interrumpió para declararse pronto a jurar con la mano puesta en el Evangelio que él no había confundido nada.

— Entonces, si no has sido tú, habrá sido Bárbara...

No, no; tampoco podía ser ella; justicia ante todo; cada vez había sido él quien había recibido la correspondencia de manos del portero... Además, poco había que confundir; Tomás aun podía echar la cuenta. El portero le había traído la correspondencia tres veces; la primera vez, cinco cartitas; la segunda...

Matías no decía una palabra.

... La segunda tres; la tercera una y el periódico; y cada vez Tom is había ido directamente a entregarlo todo al señorito Tito; *todo*, es decir, la primera vez cinco cartas pequeñas, la segunda tres, y la tercera una...

Matías no volvió a hablar; se dejó desvestirse, y solamente cuando estuvo en cama, dijo:

— ¿Estás bien seguro de que las cartas eran *nueve*?

— ¡Segurísimo! Aun me parece estarlas viendo; la primera vez cinco; la segunda tres; la tercera una y nada más.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— Buenas noches.

Tomás se fué, llevándose la luz.

Después de una noche de insomnio, había cerrado los ojos de madrugada; a las diez aun dormía, y Tito, asomándose a la puerta del cuarto de su padre, iba a volverse de puntillas, cuando el ciego se despertó.

— ¡Tito!

— ¡Papá! Has dormido más que de costumbre.

— Sí..., es decir no; he pasado una noche de insomnio, una larga noche de lucha, hijo mío.

El ciego hablaba con acento triste, pero tranquilo, y no pudiendo leer en los ojos de Tito, le alargó la mano buscando la suya.

Cuando se la hubo estrechado con toda la nueva fuerza que había ganado en la batalla, añadió:

— Calla... No me digas nada; lo he comprendido todo.

— ¿Todo qué?

— El engaño de tu piedad... ¡Pobre hijo mío! Calla..., no trates de engañarme otra vez... Es inútil... Soy fuerte... Pero todavía tengo sueño; déjame dormir hasta la hora del almuerzo. Verás cómo no me falta apetito en la mesa... Silencio... Dame un beso.

— Me explicarás después, porque no comprendo...

— Sí, sí, te lo explicaré después..., dijo Matías volviéndose de lado.

Tito se fué desconsolado.

Para enmendar la torpeza cometida en la mesa, no tenía más remedio que tener mucho aplomo para mentir.

Tito se preparó concienzudamente para ello, estudiando el acento sincero de la mentira, como hubiera podido hacerlo una buena comediante.

«Te aseguro, papá, que hubo una equivocación, que...»

Sentía que al decir estas pocas palabras se hubiera puesto encarnado, pero Matías no lo hubiera visto. Solamente antes de almorzar, necesitaba examinar un poco aquellas tarjetas, a fin de que no ocurriese algún otro percance.

En la mesa, Matías estuvo sereno como de costumbre, hasta algo más locuaz; pero no daba la explicación prometida.

Tito, comediante mal seguro de sí, estaba impaciente por recitar su papel, y, por otra parte, temía echar a perder el buen humor de su padre.

Pero haciendo acopio de valor, dijo con desenvoltura:

— ¡Oh!, ¿quieres que te lea las tarjetas ahora?

Matías no contestó.

Al ciego se le anubló el rostro, pero acabó por sonreír en su gran barba blanca, y dijo alegremente:

— Sí, tendré mucho gusto.. ¿Son numerosas, verdad?..

— Una avalancha. ¿Quieres que empiece?

— Sí, empieza...

Y Tito leyó una letanía de nombres y de títulos, que por poco puso alegre a su padre.

Después Matías inclinó la cabeza sobre el pecho y dijo:

— Basta.

Tito repuso ingenuamente:

— Aun hay más.

— Lo sé, pero basta.

Dejó pasar la idea sombría que se le había ocurrido, y se levantó para besar a su hijo en la frente.

No dijo nada.

IX

El invierno de aquel año fué cruel.

Durante todo el mes de enero, Matías esperó inútilmente el rayo que solía entrar en el estudio y calentar las rodillas del ciego.

En vez de sol hubo mucha lluvia, ora burbujando en el suelo, ora azotando los cristales, pero casi siempre lenta, muy lenta, tanto que, medidas por la embrocación de un canalón vecino, las horas hubieran parecido eternas a Matías, si no hubiese tenido tanto que hacer para resignarse.

— ¿En qué piensas?, papá?, le preguntaba Tito alguna vez que estaba demasiado callado.

Y Matías contestaba, escudándose con la melancolía, que no pensaba en nada, que estaba alegre, todo lo alegre que se puede estar bajo el diluvio.

Como su hijo insistiese en que dijera algo, empezaba a hablar del arte, que es una enamorada infiel, del arte que hace gozar cuando nos sonríe, y hace sufrir cruelmente cuando nos abandona.

Decía el arte, pero quería decir la gloria, y hablaba de ella con acento satírico, porque aun no estaba resignado al abandono.

Un día, con gran estupor, oyó expresar a su hijo un concepto que ya había sido enunciado con mucha arrogancia por Primo Salvi, y que él mismo aun no había llegado a aceptar.

— ¿Qué importa?, dijo Tito. ¿Qué importa que el arte nos abandone un día? Mientras nos sonríe y es bello, debemos amarlo. Por lo demás, tú mismo que crees haber sido cruelmente abandonado, has seguido amándolo por la alegría que te ha dado, y... también por la que aun te dará.

«Por la que aun me dará», repitió para sí Matías, sin ningún rencor para con la suerte ni para con su hijo, que se obstinaba en ponerle delante de los ojos ciegos un juguete estropeado sin remedio.

La nueva desventura sobrevenida al alma del ciego, había dejado todavía dos resortes intactos: el afecto paterno y un poco de fe en otra vida, cuya fe es próxima parienta del ideal, según aseguraba Matías.

Con estos dos resortes robustos, la resignación es menos difícil.

Al terminar el invierno, cuando, a últimos de febrero, Tito llevó a su padre las primeras violetas cogidas en su jardincito, aquel alma, que tanto se había cansado en seguir una sombra, podía decir que había alcanzado la paz.

— Tengo conciencia de haber cumplido mi misión con todas las fuerzas que me habían sido dadas; la

he cumplido hasta lo último, y si el cielo me abriese los ojos otra vez, por un día o por una hora, sé que volvería a hacer lo que siempre he hecho.

Decía esto porque le asustaba la idea de que su hijo se enamorase también de las sombras, y no tuviese después la fuerza de renunciar a ellas.

Y cuando pudo observar que Tito no corría ningún peligro, al menos mientras no se enamorase de una criatura viva, quiso saber si seguía pensando en Cesira, y si Sofía...

Tito fué sincero.

Confesó que Cesira le había hecho sufrir bastante y que le había caído miseramente del corazón.

— ¿Entonces?... insinuó sonriendo el ciego.

— Es una melancolía el reconocer la propia miseria; creía que siempre hubiera yo amado a aquella mujer, por la pena que me ha causado; y, por el contrario...

— La naturaleza es más generosa que la voluntad...

— No sé si es más generosa, pero al menos es siempre verdadera; mientras que la voluntad...

— Sí, la voluntad se nutre también de mucha retórica.

— ¿Entonces?... insistió Matías, enamórate de otra... Mira en torno tuyo; me parece que yo no tardaría en ver una...

Tito quiso hablar seriamente:

— Sofía, ¿verdad? Es una buena muchacha, llena de fe y de valor; será el consuelo del hombre que la tome por esposa; pero éste no seré yo...

El viejo estuvo callado.

— En primer lugar, ella está enamorada de otro...

— ¿Cómo lo sabes?

— Casi me lo ha dicho, cuando le he hablado de esa mujer fatal... sin nombrarla... y de la niña que quizá...

Matías, desalentado, dijo:

— ¿Y tú le has hablado de esas cosas?

— Sí... Entre Sofía y yo existe un pacto de alianza; somos dos buenos amigos, y la amistad, entre un joven y una muchacha, no puede durar sin la confianza entera.

— Amistad... confianza..., balbucía el ciego.

— Nos hemos prometido a nosotros mismos no ser nunca más que amigos; a Sofía le será muy fácil porque está enamorada de otro; a mí no me será difícil...

— ¿Por qué?

— Porque... ¿quieres que te lo diga? Porque Sofía, físicamente, no me gusta...

— No tienes razón...

— Seguramente, no tengo razón... Estando con esta muchacha, siento gran placer; pero nunca me pasa por la cabeza la idea de poder hacer de ella algo más... o menos... que una amiga íntima.

— No tienes razón, insistió el ciego inclinando la cabeza sobre el pecho.

Después quiso saber de quién estaba enamorada aquella buena muchacha.

Pero como Tito titubeaba en satisfacer la curiosidad de su padre, él fué el primero en arrepentirse y repuso:

— No me lo digas; no quiero saber nada; yo lo adivinaré.

En efecto, no tardó mucho en adivinar que la buena muchacha tenía un secreto afecto, por el que se sentía humillada, y que combatía enérgicamente.

El afecto secreto y combatido era por Tonio, por el primo enamorado de su hermana; y era un afecto del cual no hubiera debido avergonzarse, porque había nacido de una gran piedad.

Cuando hubo venido marzo a anunciar con magníficos días de sol que el invierno había concluido, Matías había querido bajar todos los días al jardín a dar cuatro pasos, mientras su hijo trabajaba en el caballete.

El brazo de Tito no le era necesario; tanteando con el bastón las paredes y agarrándose a los pasamanos de las escaleras, estaba seguro de no errar un paso.

Esto decía él, pero Tomás, aconsejado por Tito, no le perdía nunca de vista.

Daba largos paseos por la alameda, hasta que se sentía cansado; entonces iba a sentarse en un banco de piedra, y se estaba horas enteras escuchando la charla de los pájaros.

De vez en cuando, despertaba en el viejo plátano la voz de un mirlo, que hacía largos discursos diciendo cosas melancólicas, y Matías le escuchaba con gran ternura.

Luego Tito iba a juntarse con él, y ambos, cogidos del brazo, se paseaban otro rato antes de comer.

Ahora no hablaban nunca del pasado. ¿De qué

podía servirles el pensar todavía en un amor sepulto, en una sombra desvanecida?

Tito decía de buena fe que, amando sinceramente el arte, está un seguro de otro amor.

Matías no quedaba persuadido de esto, pero no decía que no.

Esperaba.

Y por la noche, cuando llegaba puntualmente Sofía, el ciego enamorado aún, pero sin saber ya de qué, le presentaba ambas manos, para que ella corriese a estrecharlas.

Una noche estaban solos.

Tito había ido a la sesión de la Familia Artística; el ciego había provocado con astutas sugerencias las confidencias de su joven amiga, y Sofía se había prestado a decirlo casi todo.

Había reflexionado un poco, antes de revelar sus propios sentimientos, y los había revelado porque aquella confidencia no podía perjudicar a nadie más que a sí misma.

Matías había sabido muchas cosas, por ejemplo, que aquel Tonio era un muchacho bonísimo, lleno de corazón y de voluntad; que Judit era una muchacha lista, que lograría seguramente sus aspiraciones

— (¿cuáles eran? — Sofía no quiso decirlo); que papá Salvi tenía la virtud, que tantos desconocen, de estar orgulloso de su suerte... porque la vida le había dado el arte, o al menos el amor al arte, y porque la muerte le prometía...

— La paz, afirmó el ciego.

— ¡Oh!, otra cosa; papá Salvi no se contentaría con eso; más bien la batalla.

Papá Salvi estaba contento porque la muerte le prometía simplemente otra vida.

Matías había querido saber más, y como la fe, que hacía tanto bien a papá Salvi, y a sí misma, también, no podía hacer mal al ciego, Sofía se extendió hablando de espíritus y de espiritismo.

— ¿Pero usted cree en eso?, preguntaba el viejo de vez en cuando; ¿usted cree que Nerón?..

No, Sofía no creía en Nerón; ni siquiera estaba segura de creer en ninguna de las manifestaciones que los iniciados aseguran haber obtenido del mundo superior...

¿Y por qué no creía en ellas?

¡Oh! Únicamente porque no había visto ni tocado nada por sí misma.

Pero creía en la buena fe de los que habían visto y tocado; creía en un mundo superior que mira y espera.

El ciego escuchaba atentamente.

Las palabras meditadas de la muchacha le hacían pensar.

Confesó humildemente que si alguna vez había mirado arriba había sido para no perder de vista el ideal, cuando se había imaginado que el arte podía ser toda su vida.

Aquella misma tarde, después de un largo silencio, Matías dijo a su amiguita:

— Es posible que también yo, sin saberlo, tenga una religión, y me alegraría que fuera la de usted.

Sofía le aseguró que él tenía una. ¿No había tenido siempre el culto del ideal? Pues bien, el ideal es del cielo.

«El ideal es del cielo», repitió varias veces el ciego dudoso.

Y lo repitió aun cuando Tito, de regreso de la Familia Artística, anunció que Tonio estaba allí, en la calle, esperando a Sofía para acompañarla a su casa.

— Tave ganas de decirle que subiera, en vez de esperar; pero al verme, se alejó; dígaselo usted, señorita.

— Se lo diré, contestó Sofía. ¡Pobre Tonio!

El ciego había estado escuchando en silencio para ver si en las palabras de su hijo y de Sofía se podía descubrir un poquito de despecho por una parte, o de turbación por otra; no descubriendo nada, volvió al pensamiento de antes:

«El ideal es del cielo.»

Tonio era puntual.

Cada noche, a las nueve, salía melancólicamente de su casa, para tener tiempo de esperar media hora a su prima Sofía.

La buena muchacha se había lamentado un par de veces de aquel sacrificio; había hecho notar que la casa del ciego estaba a pocos pasos de la suya; que a aquellas horas aun circulaba mucha gente por la calle, que había muchas tiendas abiertas y que, si hubiese habido necesidad, hubiera dicho a su padre que fuese a buscarla, pero que realmente no era necesario.

Mas Tonio, no queriendo hacer valer su sacrificio, había asegurado ingenuamente que aquella hora no sabía emplearla mejor que acompañando a su prima.

Era de buena fe. Ni siquiera había omitido que viniendo a esperar a Sofía pasaba, casi sin querer, por la calle de... papá Salvi, y que a veces se paraba a mirar arriba, para ver si en la ventana redonda había luz.

Así es que Sofía se dejó acompañar sin volver a lamentarse.

A veces, el pobre joven marchaba a su lado en silencio, y entonces Sofía tenía que despertar el dolor mudo, para que se lamentase.

— ¡Ah!, ¡cuánto la hubiera amado!, decía Tonio; ella no sabrá nunca, no quiero que sepa nunca el amor que ha rehusado.

Sofía nada contestaba, y Tonio continuaba hasta que su compañera, acortando el paso para darle tiempo de concluir la queja empezada, le hacía notar que había llegado delante de la puerta de su casa, y que en la ventana redonda se veía luz.

Entonces Tonio se volvía a callar, y Sofía lo consolaba con la única palabra confortante que le quedaba.

Él no sabía siquiera si la profería su piedad por él, por sí misma o por la pobre humanidad:

— ¡Ánimo!

— ¡Oh!, sí, sí, lo tendré, aseguraba el joven maestro.

Esto sucedía al principio, después que Judit había manifestado su sentimiento, sin dejar esperanza alguna de que pudiese cambiarlo.

Pero, durante aquel invierno cruel, Tonio se acostó poco a poco a considerar su miseria sin lamentarse.

Si durante algún tiempo había sido puntual en acompañar su primita a casa cuando Sofía era el pretexto de hablar de Judit, tan bella y tan amada, ahora parecía haber vencido aquel amor al extremo de no hablar más de Judit, de hablar de ella sin nombrarla, o de nombrarla con tranquila melancolía.

Parecía a Sofía que, habiendo llegado a aquel punto de la convalecencia, Tonio podía considerarse seguro; que si había continuado sin embargo acompañando a su prima, lo había hecho por escrúpulo de gratitud, o por demasiada bondad, o por timidez.

Aquella noche de febrero, Tonio había marchado por la calle un poco taciturno.

Pareció a la muchacha que su primo no sabía qué decir, y pensó que, sin darse cuenta de ello, estaría algo cansado de aquella empresa caballeresca de poner cada noche a salvo una muchacha feilla, siempre la misma muchacha feilla, que, a decir verdad, no sentía ninguna necesidad de salvamento.

— Oye, Tonio, le dijo Sofía; ahora ya estás curado, ¿verdad? Bien curado. El invierno ha concluido; van a empezar los días cada vez más largos del mes de marzo; no me esperes más por las noches; puedes emplear el tiempo en algo mejor.

— ¿En qué quieres que lo emplee?, preguntó el maestro de dibujo. Dímelo tú.

— No sé... En ver a los amigos, en pasearte, en hacer chanzas...

— Si no quieres en manera alguna..., si te molesto...

— ¡Oh! Tonio, no pienses tal cosa.

— Pues bien, si no te molesto, deja que venga; ¡me es tan grato estar contigo! Siempre encuentras una buena palabra para consolarme. Me hago cargo de que soy fastidioso, de que en vez de hablar, a veces voy callado todo el trayecto; pero contigo hasta puede uno estar callado, ¿verdad?

Sofía contestó que sí, que con ella podía callar.

Efectivamente callaron ambos hasta la puerta de la casa.

— Adiós, Tonio.

— ¿Conque mañana vuelvo?... ¿Quieres?

— Ven, si quieres.

X

Pasaron dos meses más llevando aquella vida tranquila.

Tonio había venido todas las noches, para acompañar a Sofía hasta su casa, callando mucho, o hablando a sacudidas; parecía no ocuparse ya de Judit, pues miraba continuamente al suelo hasta llegar a la puerta de casa Salvi, sin pensar en levantar la vista.

Sólo una vez miró largamente a la ventana iluminada; pero aquella luz ya no hirió su fantasía para despertar el deseo, sino únicamente para provocar una curiosidad que expresó tranquilamente así:

— ¿Quién sabe si ha encontrado su ideal?

Sofía no contestó y Tonio no insistió tampoco.

(Se continuará.)

MELILLA. - BODA DE HÁMED, HIJO DE MOHÁMED ASMANI, «EL GATO»



Familias moras y europeas comentando los detalles de la boda, en el patio de la casa, mientras en el campo los moros continúan sus fiestas

Se ha celebrado en el campo de Melilla con gran solemnidad y brillantez una boda por la cual se han enlazado dos familias de moros notables, la de Mohámed Asmani (el *Gato*) y la de Hach Maimón Mohatar (Maimón el de la Paja).

Un hijo del primero, llamado Hámed, se ha casado con Tahanam, hija del segundo; y aunque entre los moros el matrimonio es, en el fondo, un verdadero contrato de compraventa, en el que la novia es el objeto vendido y el *sudak* o dote el precio de la venta, en la unión de Hámed con Tahanam, que desde niños se conocían y según parece se amaban, ha presidido el amor, y hasta se cuenta que éste ha influido más que las conveniencias paternas.

Las familias de Mohámed Asmani y Hach Maimón Mohatar son dos familias leales que desde el primer momento de la rebelión estuvieron a nuestro lado y cuyos jefes, confundidos con nuestros soldados, lucharon en la primera campaña, lo que les valió varias condecoraciones que hoy ostentan con orgullo en su pecho.

Mohámed Asmani y Hach Maimón Mohatar son en la actualidad grandes negociantes y poseen un capital muy saneado; y ahora con motivo de la boda de sus hijos han querido demostrar su esplendor y su afecto a los que los han protegido, y al efecto invitaron a la ceremonia a las altas autoridades de Melilla, a muchos jefes y oficiales del ejército y a las familias de la buena sociedad melillense.

Los invitados se dirigieron a la casa que tiene Maimón en Mezquita y que si en su exterior ofrece el aspecto de todas las viviendas rifeñas, en el interior tiene comodidades y refinamientos impropios de aquellas gentes. Bien es verdad que el propietario ha viajado mucho, visitando las grandes capitales y hospedándose siempre en hoteles de primer orden, y estos viajes y estas visitas le han familiarizado con las costumbres de los europeos.

A la puerta de una de las habitaciones, quince o veinte mujeres de todas edades tocaban incesantemente instrumentos ruidosos, deshaciéndose de cuando en cuando en contorsiones y lanzando gritos estridentes, mientras fuera de la casa sonaban continuos tiros y aclamaciones. Dentro de aquella habitación estaba la novia, vestida ya con su traje nupcial y rodeada de sus parientes; y en ella debía permanecer hasta que, al anochecer, la condujesen a casa del novio.

En un gran cobertizo transformado en alegre y elegante comedor y adornado con tapices, guirnaldas, ramos de flores y macetones gigantescos, sirvióse el banquete en tres largas mesas y en otras pequeñas dispuestas a la europea. El padre del novio había invitado a 150 personas, y el de la novia a 250, pero todas se reunieron en la residencia del primero.

La comida, confeccionada a la moruna por cocineros españoles, fué suculenta y en ella no faltaron los vinos y el champaña de las mejores marcas.

Terminada la comida, los invitados tomaron el te en la explanada, a la sombra de los muros y sobre tapices y colchonetas, formando numeroso y animado corro.

Después se dirigieron a la casa de Mohámed Asmani, que es una verdadera

fortaleza y cuyo interior presenta el mismo aspecto que las demás casas rifeñas. Cerca de la casa hay una gran meseta, que es un campamento con multitud de tiendas cónicas y jaimas; en ella había más de cuatro mil rifeños allí reunidos para festejar la boda y comer bien. Un centenar de jinetes corría hacia la casa disparando en la carrera fusiles y tercerolas, y los moros que había dentro del patio los imitaban, pues sabido es que la pólvora desempeña un papel principal en todas las fiestas marroquíes.

De regreso en la casa de Maimón, fueron obsequiados nuevamente con refrescos y frutas, y a las seis comenzó el desfile de la mayoría de los invitados, que volvieron a Melilla unos y otros a sus respectivos aduares.

Ya entrada la noche, salió de la vivienda de Maimón la cabalgata que escoltó a la novia hasta el domicilio de su esposo y que estaba formada por unos 4.000 hombres, produciendo un efecto fantástico. Sucediáanse los disparos, chillaban las mujeres, y la zambra moruna aumentaba el estruendo, y en medio de aquel espectáculo bullicioso, la novia, envuelta en blancas gasas y rodeada de centenares de mujeres, entró en la casa de su suegro.

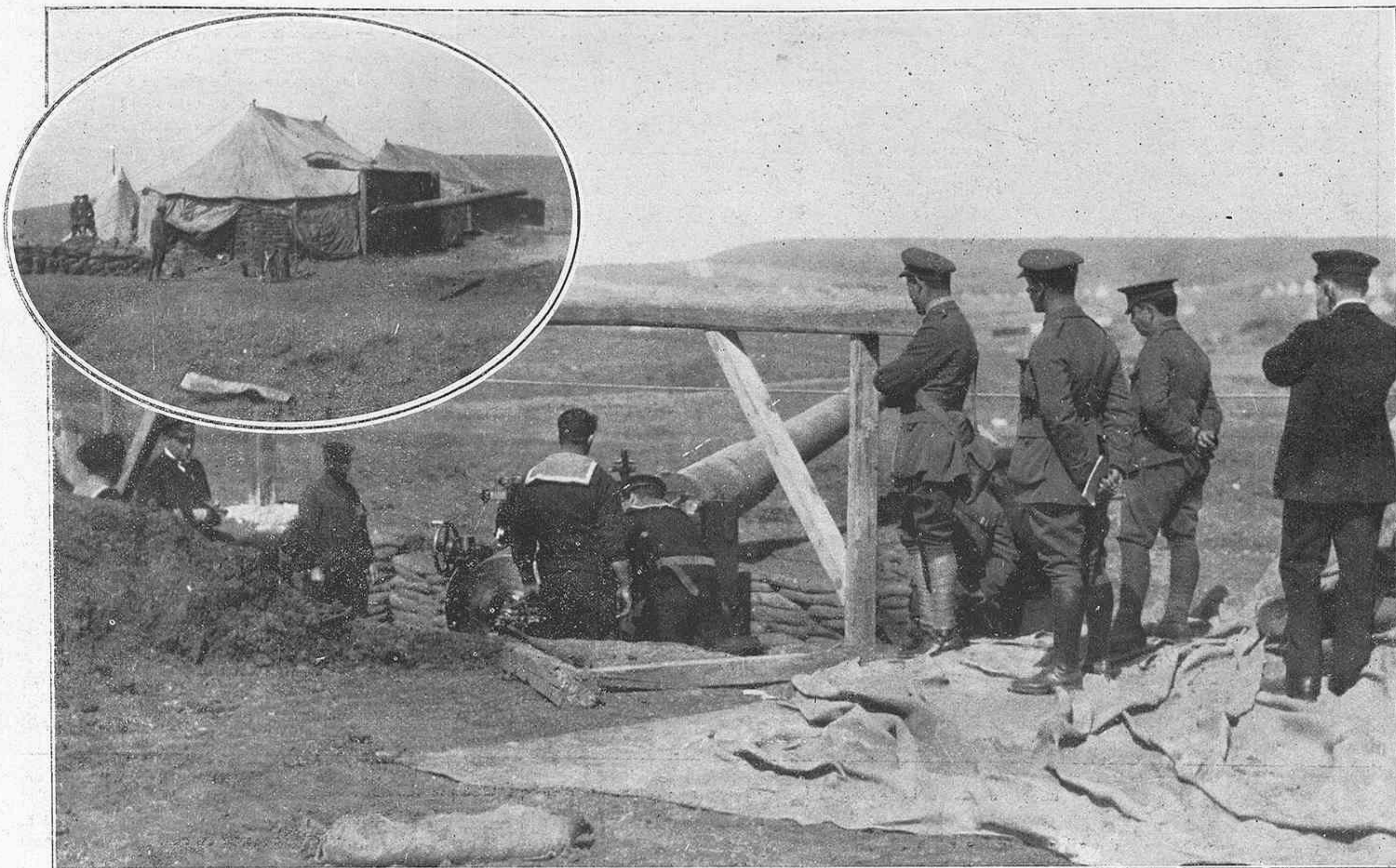
Una de las particularidades de las bodas marroquíes es la ceremonia llamada de la *grhama*, en que todos los concurrentes depositan su óbolo en un paño blanco, como regalo al novio; se calcula que por este medio ha recogido el hijo de el *Gato* unas 10.000 pesetas.



Maimón Mohatar ofreciendo flores a algunas señoritas que asistieron a la boda

(Fotografías de Lázaro)

LA GUERRA EUROPEA. - LOS ALIADOS EN SALÓNICA. (Fotografías remitidas por Carlos Trampus.)



Cañones de grueso calibre ingleses instalados en el campo atrincherado de Salónica. En el óvalo, uno de estos cañones resguardado bajo una tienda de campaña

Cuando los serbios, derrotados por los austriacos, los alemanes y los búlgaros, hubieron de abandonar paulatinamente su país, los aliados, resueltos a acudir en su defensa, decidieron enviar fuerzas a Grecia para, desde allí, iniciar una ofensiva contra los imperios centrales desde la frontera servogriega.

Después de haber ocupado varias islas, los aliados, ingleses y franceses, desembarcaron numerosas tropas en Salónica, ocupando aquella ciudad y exigiendo del gobierno de Atenas que retirase de ella su guarnición.

Grecia, que ya había protestado de la ocupación de las islas y del desembarco en Salónica, protestó de aquella nueva exigencia; pero al fin hubo de acceder, quedando desde entonces los aliados dueños únicos de la importante plaza.

A partir de aquel momento, los generales Sarrail y Moure, jefes de la expedición, se dedicaron a fortificar Salónica y al propio tiempo a enviar fuerzas en socorro de los serbios a fin de contrarrestar el avance de sus contrarios; pero no habiendo conseguido este último objetivo, evacuaron las posiciones que habían ocupado y se retiraron definitivamente a aquella ciudad, con el propósito de hacerse allí fuertes y prepararse para una nueva ofensiva, cuando considerasen llegado el momento oportuno para acometerla.

Las obras de defensa construidas por los aliados en Salónica no tardaron en convertir esta ciudad y sus alrededores en un vasto campo atrincherado, refiriéndose al cual escribió hace algún tiempo el corresponsal del diario parisiense *Le Temps* en los Balcanes que era comparable al de Sebastopol; que para la construcción de sus obras defensivas se habían tenido en cuenta todas las observaciones efectuadas en la campaña actual en lo que concierne a los disparos de las piezas de distintos calibres y a la potencia expansiva de los diversos proyectiles; y que desde él un ejército lo mismo podía resistir el ataque más vigoroso que emprender la ofensiva.

Los aliados continuaron desembarcando tropas en Salónica, adonde fueron llevados también los restos del ejército serbio, después de haber sido reorganizados y nuevamente armados y equipados. Asimismo han ido a Salónica contingentes italianos y coloniales, habiéndose logrado últimamente reunir allí un ejército de cerca de 300.000 hombres bajo el mando supremo del general Sarrail, quien ha dado nuevas pruebas de su gran talento organizador.

Este ejército ha comenzado no hace muchos días una acción ofensiva, que, hasta el presente, se ha visto coronada por el mejor éxito.

El frente de Salónica se divide en tres sectores principales: el del Struma, desde la bahía de Tahiror hasta Poroï; al centro, el del Vardar, desde el lago Doiran hasta el alto valle del Moglenitza; al Oeste, el del Cerna, o mejor dicho, de las montañas que dominan este río, desde el macizo de Vetrenik hasta el lago de Orsovo. En el sector del Struma, operan los contingentes ingleses; en el del Vardar, los francoingleses, y en el del Cerna, el ejército serbio.

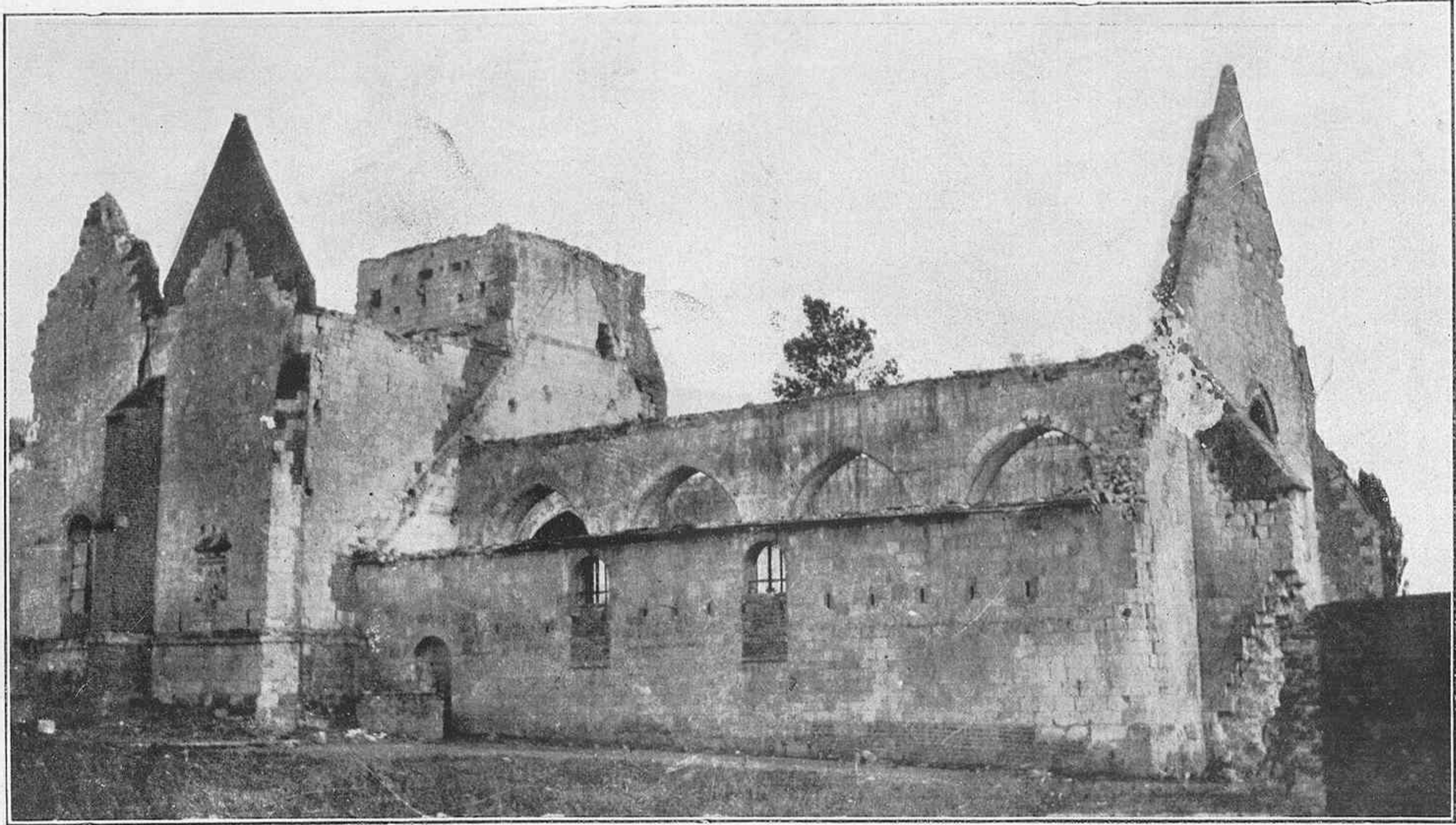
El primer ataque se efectuó en la orilla izquierda del Struma, por los ingleses, quienes se han apoderado de varios pueblos y de importantes posiciones. Los francoingleses en el Vardar y los serbios en el Cerna han conseguido también varias victorias.

Los aliados, antes de emprender esta ofensiva, han tenido que exigir del gobierno griego algunas garantías a fin de poder disfrutar de una libertad completa de movimientos; ello ha sido causa de algunas crisis ministeriales, la última de las cuales ha puesto el poder en manos de un ministerio que se titula administrativo y que preside el Sr. Calogeropoulos. La circunstancia de ser éste un antivenizelista hace presumir que el nuevo gabinete no ha de ser enteramente grato a los aliados, y que antes de poco habrá de ser substituído por otro que mejor responda a las aspiraciones de la *Entente*.



Franceses y griegos fraternizando en Salónica. - El general Sarrail y la señora de Moschopolous, comandante de las fuerzas griegas en Salónica, examinando los dibujos en piedras de colores hechos en el suelo por los soldados de un regimiento colonial francés de caballería.

LA GUERRA EUROPEA. — EN EL FRENTE DEL SOMME. (Fotografía de M. Branger.)



Estado actual de la iglesia de Foucaucourt, recientemente reconquistada por los franceses

Son muchos los pueblos reconquistados por los franceses en la reciente ofensiva que en unión de los ingleses han realizado al Norte y al Sur del Somme.

Desgraciadamente la mayoría de estos pueblos son montones de ruinas, pues la resistencia mostrada por los alemanes en evacuarlos ha hecho necesaria una poderosa intervención de

la artillería, cuyos terribles efectos se han dejado sentir en casi todos los edificios de aquellas poblaciones.

De ello es muestra el adjunto grabado que reproduce la iglesia de Foucaucourt, tal como la han encontrado los franceses al recuperar el pueblo.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

CÁMARA DE COMERCIO Y NAVEGACIÓN DE BARCELONA. MEMORIA DE LOS TRABAJOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1915. — Notabilísima, como todas las anteriores, es la Memoria que sobre los trabajos realizados en 1915 ha enviado la Cámara de Comercio y Navegación de esta ciudad a la Dirección general de Comercio, en cumplimiento del artículo 65 del Reglamento de 1911. En la imposibilidad de dar cuenta de todo lo que contiene, habremos de limitarnos a ofrecer un extracto del índice de materias. En su primera parte, o sea la referente a la gestión de la Cámara en cuanto a su propia existencia, funcionamiento y vida de relación, trata de la organización, administración, régimen interior, atribuciones y vida de relación de la Cámara; y en la segunda, o sea la gestión

de la Cámara en cuanto al fomento y defensa de los intereses que representa, ocúpase en la actuación motivada por la guerra, en las cuestiones de cultura mercantil, expansión económica y comunicaciones, en los asuntos marítimos, en la legislación mercantil e industrial, banca y bolsa, en los aranceles y aduanas, en los asuntos contributivos, en los servicios especiales y en el servicio comercial e informaciones. Sobre todas estas materias se insertan luminosos informes, dictámenes, reseñas, instancias y comunicaciones, que demuestran el celo, la inteligencia y la laboriosidad desplegados por la Cámara en los importantes asuntos en que ha intervenido. Completan el libro algunos interesantes apéndices. Un tomo de 392 páginas, impreso en Barcelona en los Talleres de Artes Gráficas Henrich y C.^a

AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE BARCELONA. COMISIÓN DE COLONIAS ESCOLARES Y ESCUELAS DE BOSQUE. ACTUACIÓN DE LA COMISIÓN. AÑO 1914. — En la primera

parte de este libro se trata de la organización y funcionamiento de las colonias escolares costeadas por nuestro Ayuntamiento; se explica el aumento que han tenido desde que se fundaron en 1906, y se demuestran con datos y gráficos numerosos y fehacientes los grandes beneficios alcanzados en las mismas. La segunda parte está dedicada a las Escuelas de Montjuich y en ella, después de explicar la organización y el funcionamiento de aquéllas, se estudia su aspecto cultural, se describen su plan de estudios, su programa escolar y su manera de realizarlo; se trata de la educación moral y estética, de los paseos y excursiones escolares, de los juegos, de los trabajos manuales, etc., etc. Es, en suma, un trabajo interesantísimo que honra a la comisión que lo ha realizado y en el cual se prueba la provechosa labor llevada a cabo por el Ayuntamiento barcelonés en pro de la infancia. Un tomo de 196 páginas con multitud de grabados y gráficos, impreso en Barcelona en los Talleres de Artes Gráficas de Henrich y C.^a

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTON

Un tomo, lujosamente encuadernado. 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídense gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.



AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNÉ El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. Paris.



FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN